

### CAPÍTULO III

## LA CIENCIA Y LA FILOSOFÍA, FUENTES DE LA NECEDAD

En los dos capítulos anteriores he tratado de demostrar que no hace falta recurrir a ninguna teoría teológica o cosmológica para convencerse de que hay algo profundamente insatisfactorio en la vida del hombre de nuestra época, y que la única esperanza de mejora estriba en reajustar el equilibrio entre el poder del hombre sobre sí mismo y su poder sobre la naturaleza. Tampoco he ocultado mi propia convicción de que para entender la situación humana es necesario verla en la perspectiva más amplia de un propósito universal; y he tratado también de demostrar cómo se concibe este propósito de acuerdo con las ideas de Gurdjieff, en las cuales se basa explícitamente este libro. Cuando se expresa alguna opinión sobre Dios y el universo, algunas personas consideran legítimo preguntar: "¿Cómo lo sabe usted? ¿Puede ser demostrado científicamente?", y con ello pretenden que la prueba científica constituye un procedimiento infalible y bien establecido. La noción de que la ciencia tiene suficiente competencia como para pronunciarse en cuestiones trascendentales se ha arraigado de tal modo, que antes de seguir adelante conviene dedicar un capítulo al examen de los títulos que aduce la ciencia para proporcionarnos un conocimiento fidedigno sobre nosotros mismos y sobre el mundo en que vivimos.

Usaré el término Ciencia para referirme a todo el grupo de procedimientos encaminados a la obtención del conocimiento

por medio del uso exclusivo de las percepciones sensoriales, con los análisis intelectuales de la información resultante de estas percepciones, y con la inferencia (inductiva y deductiva) de los resultados de estos análisis. Consideraré que se puede excluir del dominio de la ciencia toda la información resultante de la experiencia puramente subjetiva, incluyendo cualquier clase de conocimiento inspirado o revelación. Debo poner en claro que hago esta distinción basándome en lo que parece ser opinión general sobre lo que es científico y anti-científico. Esta distinción no admite un elemento indispensable en la actividad científica, ese "salto en el vacío" por el cual se formula cualquier hipótesis nueva. Esta reserva no tiene ninguna importancia para nuestro propósito presente, ya que la mayoría de las personas reconocerá la distinción general que acabo de hacer. Sin embargo, podríamos evitar cualquier equívoco si a esta altura indicase que, al criticar a la ciencia que conocemos, no tengo la intención de sugerir la imposibilidad de obtener un conocimiento válido por medio de la observación y de la deducción, sino que quiero indicar que hemos hecho observaciones erradas y obtenido conclusiones equivocadas acerca de lo que importa realmente: el hombre y el lugar que ocupa en el universo.

Actualmente la ciencia goza de alto prestigio. Aunque el hombre común dedica a la ciencia menos tiempo que a los deportes, al cine, a las discusiones políticas o a la lectura de los periódicos, eso no obsta para que la ciencia constituya el pilar en que descansa nuestra fe en el progreso y la superioridad de nuestra civilización occidental sobre las civilizaciones contemporáneas y pasadas. Si hay algo en que la gente corriente cree a pie juntillas, es en la ciencia. Aun más, si se niega a creer en algo es porque presume que carece de una base científica o que no puede demostrarse científicamente. Esta situación no es realmente nueva, puesto que existe desde el nacimiento de la filosofía griega. Durante más de mil años hasta personas devotas han considerado irrazonable creer en

Dios a menos de poder presentar "pruebas" de su existencia. Al discutir los títulos que la ciencia aduce para proclamarse única poseedora de los medios de obtener conocimientos válidos, debemos colocar junto a ella a todas las escuelas de pensamiento filosófico que pretenden que su autoridad deriva de las mismas fuentes.

Antes de comenzar nuestra indagación, debemos señalar una diferencia más. He definido a la ciencia como un grupo de procedimientos destinados a la obtención del conocimiento. Esto la separa de la tecnología, que puede definirse como un grupo de procedimientos para actuar sobre el mundo exterior. Al hacer esta diferencia, vemos inmediatamente que el prestigio de la ciencia no deriva tanto de la ciencia en sí misma como de la tecnología. Las conquistas del técnico nos impresionan más que cualquier otra cosa. La mayoría de la gente cree que la tecnología se basa en la ciencia: primero conocemos y luego hacemos. Señalan como prueba de ello a las industrias modernas, que tuvieron su origen en la investigación científica. El éxito que estas industrias han logrado al poner al alcance del hombre poderes nuevos que jamás imaginara, dió en cierto modo mayor validez a la ciencia. Decimos: "Mirad la máquina de vapor"; "Mirad el automóvil", "Mirad la radiotelefonía", "Mirad los triunfos de la industria química. ¿Cómo negar que la ciencia merece más respeto que todas las tradiciones antiguas, que no han hecho nada comparable a lo que ella hizo para elevar las condiciones de la vida humana?" Se acusa, por regla general, a la ciencia de haber tenido más éxito en la creación de terribles armas de guerra que en las artes de la paz, de que el progreso de la tecnología ha creado nuevos y sombríos problemas económicos que no existían en una sociedad más sencilla. No me interesa esta clase de crítica: porque es respuesta válida sostener su neutralidad en nombre de la actividad científica, diciendo que son los hombres los que hacen mal uso de los resultados de la ciencia y que a ellos se debe culpar de los sufrimientos que acarrea. Pero esto es

únicamente un aspecto de la situación de la que ya he hablado varias veces; es decir, nos encontramos faltos de un progreso moral que correspondá a nuestros crecientes poderes técnicos.

El propósito que persigo al hacer esta distinción entre la ciencia y la tecnología es señalar un punto que, por lo general, se pasa por alto: la presunción, a la que ya también me he referido, de que las conquistas de la tecnología presuponen la existencia previa de conocimiento válido. Si fuera verdad se podría deducir que ciertas conquistas demuestran la comprensión del procedimiento por el cual se han obtenido. Aunque esto no quiera decir que la ciencia respaldada así por la tecnología sea capaz de resolver cualquier problema, justificaría de algún modo la acostumbrada "creencia en la ciencia". De modo que es importante llegar a la raíz misma de las relaciones entre el conocimiento y la acción. Comencemos con un caso obvio, sencillo. Todos nos alimentamos y, mejor o peor, digerimos los alimentos; pero esto no quiere decir que comprendamos el proceso de la digestión, ni que tenga validez cualquier afirmación que hagamos acerca de la energía necesaria para la vida del hombre y la naturaleza de esa energía. Pero es justamente la forma en que tendemos a hablar de lo que llamamos las realizaciones prácticas de la ciencia. Creemos que si se ha llevado a cabo un procedimiento con éxito, especialmente cuando se lo hace en gran escala, se han comprendido todos los fenómenos involucrados en el procedimiento; por lo menos, que lo comprendieron aquellos que hicieron el descubrimiento. Luego creemos que si se han entendido los fenómenos, las conclusiones derivadas de la explicación del procedimiento poseen una validez especial. Y decimos que esto "ha sido comprobado científicamente" o que ha quedado "establecido". Veamos cómo se aplica esta deducción a alguna de las conquistas tecnológicas más conocidas y que he escogido al azar.

Podemos comenzar con la Revolución Industrial, esta serie

de fenómenos que a partir de la segunda mitad del siglo XVIII empezó a proporcionar a la humanidad la capacidad necesaria para utilizar la energía en escala muy superior a cualquier otra época conocida. La causa primaria de esto fué el consumo del carbón como combustible en reemplazo de la madera. Todos sabemos que durante el transcurso del siglo XVIII hubo la amenaza de una crisis a causa de la falta de madera suficiente para fabricar el hierro que se necesitaba. Así fué como aprendimos a utilizar el carbón. Aun cuando la gente comenzó a usar carbón en vez de madera, cambiando con este solo hecho todo el curso de la historia, existían las ideas más descabelladas sobre lo que ocurre cuando arde cualquier cosa. La teoría del flogisto, que en aquella época se consideraba como un "conocimiento científico válido", es tan absurda que no puede dejar de asombrarnos la forma ingeniosa en que los hombres tergiversaron los hechos a fin de hacerlos encajar en la teoría. Pero este absurdo no impidió que aumentase velozmente el consumo de carbón, acarreado la consiguiente transformación de la vida en el mundo occidental. Sólo a fines del siglo XVIII, en 1783, presentó Lavoisier por primera vez un cuadro más razonable del proceso de la combustión, en función de la combinación de los elementos carbono, hidrógeno y oxígeno. Aun ahora no podemos afirmar con alguna seguridad que "conocemos" la naturaleza de la llama.

O considerad la máquina de vapor. A mediados de 1770, James Watt presentó una serie de inventos relacionados con la máquina de vapor, siendo ésta, después del carbón, el principal factor que posibilitó la Revolución Industrial. En aquella época nadie entendía nada acerca de la teoría de la máquina de vapor. Hasta mucho tiempo después, en 1824, no presentó Sadi Carnot, un desconocido y poco apreciado profesor francés de matemáticas que murió a la edad de treinta y seis años, una teoría que ofrecía algunos conocimientos sobre el vapor como fuerza motriz y sobre el tipo de máquina requerido para su aprovechamiento eficaz. Aquello ocurrió sesenta años des-

pués de haber inventado Watt su máquina, y cuando la gente señalaba a aquellos extraordinarios triunfos como indicadores de que el hombre comenzaba a dominar la naturaleza; daban por descontado que ya se comprendía y conocía bastante acerca del método necesario para alcanzar aquel "dominio".

Uno o dos años antes del tratado de Carnot sobre el ciclo de las máquinas térmicas, Michael Faraday publicó el resultado de sus famosas investigaciones sobre la relación que existe entre la electricidad y el magnetismo, investigaciones que condujeron al maravilloso progreso tecnológico de la ingeniería eléctrica, que ha sido el tercer factor de importancia en el cambio producido en la vida exterior del hombre. La explicación dada por el propio Faraday con el fin de informar acerca de sus investigaciones no era más que una ficción útil tan sólo a fines de descripción. Sólo mucho más tarde, en 1897, cuando J. J. Thompson estableció la existencia de diminutas partículas, conocidas hoy día con el nombre de electrones, se empezó a comprender algo acerca de la naturaleza de la electricidad. Esto ocurrió setenta y cinco años después de los descubrimientos prácticos de Faraday, y cuando el progreso tecnológico ya había hecho posible la utilización de la electricidad en gran escala. Más tarde, el concepto del electrón en el sentido de una diminuta partícula compacta fué reemplazado por el de que es una onda; y no cabe duda alguna de que será a su vez reemplazado por otras teorías. Entretanto el progreso de la tecnología eléctrica sigue adelante, y si el hombre corriente piensa alguna vez en ello cuando maneja el interruptor de la luz, presume con fiabilidad que los hombres de ciencia especializados en estas materias saben lo que es la electricidad.

Se cita en química a menudo la teoría atómica como ejemplo de la posibilidad de realizar cosas sin saber a ciencia cierta lo que está sucediendo. Durante la mayor parte del siglo XIX la ciencia química progresó considerablemente en base al concepto del átomo como una entidad permanente e indes-

tructible, y de que todos los átomos que componen un elemento químico son idénticos los unos a los otros. Se consideraba la indestructibilidad del átomo tan "científicamente probada" que se llevó esta teoría a las especulaciones filosóficas y se la consideró como una prueba en apoyo de las opiniones sobre la naturaleza de la realidad, siendo su efecto muy profundo sobre las creencias acerca de la naturaleza y del destino del hombre. Posteriormente, cuando la teoría de la indestructibilidad del átomo fué refutada, las creencias que se basaban en ella continuaron vigentes, y no ha sido escasa su contribución a la confusión del pensamiento moderno.

Uno de los ejemplos más notables que existen para demostrar la relación entre saber y hacer, puede hallarse en la llamada Teoría de la Evolución. Basando su razonamiento principalmente en el éxito obtenido por el hombre en la producción de nuevas variedades de plantas y animales, Darwin llegó a la conclusión de que un mecanismo similar podía actuar en el origen de nuevas especies. El éxito de esa teoría al dar una explicación consistente de la conexión entre las plantas y animales vivientes y aquellos cuya impronta guardan las rocas, condujo a la gente a descuidar el hecho esencial de que no se conocía nada acerca del mecanismo por el que podía efectuarse el requerido cambio interior para producir nuevas especies. Muy pocas veces se ha advertido la trascendental diferencia que existe entre una conquista de orden práctico (esto es, la satisfactoria clasificación de datos biológicos) y la comprensión del proceso por el cual surge una nueva especie. Aquí se presenta nuevamente el caso de que un triunfo práctico concede validez a la teoría, y la persona común supone "científicamente comprobado" que la evolución biológica ocurre a causa de algún proceso mecánico automático. Aunque el auge de la ciencia genética, cuyo origen no tiene ninguna conexión con la teoría de la evolución, nos ha proporcionado cierto grado de comprensión en el proceso de la crianza de los animales, hasta la fecha no se ha podido descubrir un mecanismo con-

vincente para los biólogos mismos sobre la forma en que puede producirse la separación de dos especies incapaces de hibridación. Pese a ello, se acepta casi sin discutirlo el concepto de que la evolución universal es un proceso mecánico y automático; y cuando se opone a las teorías filosóficas o teológicas que se tenían antes, éstas son abandonadas o reconstruídas, subordinándolas a lo que se supone que es "verdad científica".

Una de las características más notables de la historia de la ciencia es que, pese a la interinidad obvia de toda teoría científica, existe siempre la tendencia a sacar conclusiones definitivas de las teorías que están de moda en un momento dado, y que influyen en nuestra actitud hacia el hombre y el lugar que éste ocupa en el universo. Aunque los hombres de ciencia que se ocupan seriamente de esos temas saben muy bien que una teoría no pasa de ser un método conveniente de descripción y no una declaración acerca de la realidad, no están menos dispuestos que los otros a condenar como anticientífica cualquier opinión que no se ajuste a las teorías en boga. Por mi parte, estoy convencido de que esta extraña actitud mental se debe en gran parte a la confusión que existe entre la ciencia y la tecnología. Lo que está sólidamente establecido es el hecho de que tal o cual industria está funcionando en gran escala. Las teorías científicas tienen mucho menos que ver con estos hechos de lo que la gente imagina. Podemos presenciar el espectáculo de hombres de ciencia pujando los unos con los otros para presentar teorías antes que admitir que ciertas conquistas prácticas no se han obtenido por medio del conocimiento, sino a través de una clase de sentimiento o sentido del modo en que actúa un proceso natural. Muchos de los más grandes hombres de ciencia tuvieron escasa paciencia con las teorías: se dejaron llevar por una intuición de los procesos naturales que les permitió realizar sus experimentos, y pudieron así establecer cierta regularidad o ley que puede conducir a resultados prácticos. Uno de estos hombres fué Faraday, Pasteur fué otro,

Rutherford un tercero. Pero el hombre corriente tiende a respetar las teorías científicas, a atribuir cierta clase de validez a la teoría en sí misma, y llega finalmente a igualar la teoría con el conocimiento y a acariciar la ilusión de que las teorías han sido o pueden ser "científicamente comprobadas".

Todo ello es obvio para los que estudian la historia de la filosofía y de la ciencia: si yo estuviese escribiendo este libro para esos estudiosos sería una pérdida de tiempo para mí y para ellos. Por desdicha, aquellos a quienes incumbe el conocimiento de estas cosas muy rara vez admiten que tienen el deber de disipar el error general, y aclararles a aquellos que han depositado su fe en la ciencia, que el método científico es mucho más limitado en su aplicación de lo que ellos suponen.

Antes de abandonar este tema quisiera referir un ejemplo de la incertidumbre general de las teorías científicas cuando no existe el apoyo del triunfo tecnológico. Este ejemplo es el origen del sistema solar. En la escuela se enseña a los niños que el sistema solar comenzó como una masa de gas incandescente que giraba en el espacio y que, enfriándose gradualmente, se condensó y dió origen al sol, el cual, a su vez, mediante su movimiento de rotación dió origen a los planetas. En otros términos: se enseña a los niños alguna versión de la teoría Kant-Laplace, que cuenta ciento setenta años de antigüedad y que se ha mostrado decididamente incapaz de explicar la distribución del momento que se ha observado en el sistema solar. No obstante, la creencia de que el sol y los planetas se originaron de ese modo es casi universal y se mantiene con una convicción tan firme como la de nuestros antepasados respecto al Génesis. El origen del sistema solar es hoy día un tema delicado entre los astrónomos porque pone de manifiesto, más que cualquier otra cosa, nuestra completa ignorancia de los procesos siderales. Todas las teorías que se han inventado son especulativas y aventuradas, y fueron ideadas para explicar los hechos observados en función de alguna opi-

nión preconcebida sobre la forma como pudieron haber sucedido las cosas. No hace mucho tiempo se celebró en Londres una conferencia para discutir las teorías sobre el origen del sistema solar. Se presentaron varias de estas teorías; cada una de ellas, incompatible con todas las otras, era calurosamente defendida por la escuela que estaba trabajando con ella. Pero ninguna de estas teorías servía siquiera para explicar los hechos conocidos. En verdad, es tan inexplicable la existencia del sistema solar, con todas sus peculiares relaciones de masas y momentos, que algunos astrónomos han llegado a la caprichosa conclusión de que nuestro sistema planetario debe de ser poco menos que único en el universo; una idea que se usó erróneamente en cierta época para justificar la creencia en la unicidad del hombre y para considerarlo como el único ser racional que habita el único planeta habitable en el universo. Nuestra incapacidad para explicar el origen del sistema solar debería hacer vacilar a todos aquellos que tratan de construir cosmogonías científicas basándose en la suposición de que no tomó parte en ello ningún agente consciente.

Llego ahora al tema principal de este capítulo: el nacimiento y el predominio eventual de las teorías que se basan en la suposición de que el hombre no dispone de mejores medios para conocer la realidad que aquellos que le proporciona su propia experiencia y sus procesos intelectuales. Es el triunfo de la creencia en la razón humana sobre la creencia en la revelación divina. La creencia de que el hombre no dispone de nada mejor que él mismo y su propia razón en que poder fiarse, se transforma insensiblemente en el sentimiento de confianza de que puede tener éxito en sus asuntos; cuando esto falla, cuando las cosas no andan como debieran, se produce la enfermedad de "esperar lo mejor". Además, es incompatible con la doctrina de que nosotros no somos lo que debemos ser y que no tenemos nada en que confiar dentro de nosotros mismos hasta que no lo hayamos creado por medio de nuestro esfuerzo consciente y de nuestro sufrimiento intencional. La doctrina

de Gurdjieff no es ni irracional ni antirracional; únicamente indica que en tanto la razón humana no se haya desarrollado y purificado (especialmente después de haber pasado por el desastroso proceso de la educación moderna) no es adecuada para conseguir un sabio ordenamiento de la vida. Esto era lo que tenía en la mente al titular este capítulo: Ciencia y Filosofía, fuentes de la necedad. A fin de ilustrar la influencia perniciosa de la creencia en la ciencia como fuente de conocimiento válido, voy a considerar ahora las tres etapas en el desarrollo del pensamiento desde la época de los primeros filósofos griegos. No los he elegido porque sean singularmente importantes sino porque ilustran tres grandes errores en que ha caído la humanidad.

La filosofía griega siempre desempeñó y sigue desempeñando un importante papel en nuestro pensamiento. Hemos hecho muy poco en los últimos 2.500 años, aparte de elaborar y embellecer las ideas derivadas de los pensadores griegos. No retrocederé a los orígenes mismos de la filosofía griega sino que me referiré solamente a Aristóteles, cuyas teorías han dejado profundas huellas en nuestro pensamiento científico. Aristóteles gozó durante mucho tiempo de tan grande prestigio entre los pueblos cristianos e islámicos que difícilmente puede ser exagerado. Tenemos que retroceder mentalmente más de mil años para comprender la aceptación indiscutida de sus teorías por los pensadores cristianos y musulmanes de la mayoría de las escuelas. Hubo épocas en que se consideró a Aristóteles como a un maestro inspirado por la divinidad y en que se lo colocó en un nivel tan alto que hasta para los teólogos cristianos era su autoridad igual a la de los Padres de la Iglesia. Aun ahora, cuando ya hemos repudiado o dejado atrás los detalles de casi todo cuanto él enseñó, la actitud intelectual que él representa se ha convertido en algo tan fundamental para nuestra manera de pensar que nos es casi imposible apartarnos de ella y criticar sus bases.

La actitud mental cristalizada en las enseñanzas de Aristó-

teles fué particularmente desastrosa para todo el pensamiento humano posterior a él. Estas enseñanzas se basan en la noción de que la mente humana es capaz de juicios trascendentales sobre la verdad y la falacia de las proposiciones relativas a la naturaleza de la realidad. Ciertamente es que semejante idea no es original de Aristóteles sino que él la recogió de los filósofos griegos que lo precedieron, pero fué llamada lógica aristotélica la que entronizó semejante noción fijándola en las mentes de las generaciones siguientes. Aun cuando las severas limitaciones de la lógica deductiva están ahora plenamente reconocidas, subsiste aún la presuposición de que cualquier cosa verdadera puede ser aplicada y reconocida como tal en términos que la mente humana puede entender. La filosofía escolástica adoptó este axioma y lo introdujo en la indagación teológica, y en plena Edad Media se pudo observar el curioso espectáculo de una devoción hacia Dios que se manifestaba en un esfuerzo tendiente a probar Su Existencia por medio de una argumentación lógica. Que la doctrina aristotélica persiste hasta hoy día puede advertirse en el hecho de que para que cualquier doctrina sea aceptable tiene ante todo que ser "probada científicamente".

Lo grotesco de todo este procedimiento debería ser evidente para cualquiera que tenga siquiera una noción elemental del funcionamiento del cerebro humano, instrumento capaz únicamente de un número muy limitado de operaciones. Es evidente que el cerebro trabaja casi exclusivamente con la afirmación o la negación de la verdad de una de las dos probabilidades alternativas que se presentan a la mera conciencia momentánea presente en el cerebro pensante. Puede trabajar tan sólo con palabras o símbolos que transmitan significados que deben ser muy sencillos para que puedan ser utilizados. Tan pronto como el contenido interior de un símbolo va más allá de la capacidad de experiencia inmediata de la persona que lo usa, se convierte simplemente en un signo con el cual se maneja en una especie de vacío mental. Suponer que semejante instru-

mento es el medio más elevado de que dispone el hombre para aprehender la realidad, es una de las especulaciones más improbables y aventuradas. Es infinitamente más probable que Newton haya estado en lo cierto cuando, hablando de una de las más grandes conquistas del intelecto humano, se describió a sí mismo como un niño que juega en la playa con los guijarros mientras se extiende ante él el océano de la verdad completamente inexplorado.

El segundo gran desastre de la filosofía occidental ocurrió mucho más tarde, a principios del siglo XVII, con Descartes, cuyo impacto sobre el pensamiento del mundo coincidió desdichadamente con un período de asombrosos triunfos de la llamada ciencia física. Así como Aristóteles fué el responsable de la cristalización y permanencia de un concepto erróneo anterior a él, de la supremacía de la mente humana, así Descartes cristalizó e hizo permanente otro concepto erróneo anterior acerca de la naturaleza de la realidad. Y este falso concepto fué la división de la realidad en pensamientos y cosas, en substancia pensante y substancia espacial. Este dualismo, que divide en dos compartimientos cerrados el mundo de la experiencia y el mundo de los procesos físicos, ha contribuido más que ninguna otra teoría a destruir en la mente humana la posibilidad de penetrar la verdadera naturaleza del hombre. Los conceptos de Descartes son fundamentalmente antirreligiosos; pero en parte debido al prestigio de que gozaba como consecuencia de sus descubrimientos matemáticos y de su actitud de subordinación a la Iglesia, sus doctrinas penetraron en el pensamiento religioso. El carácter perjudicial de la doctrina cartesiana puede entenderse mejor si reflexionamos sobre la enseñanza de Gurdjieff de que el hombre crea su alma por el esfuerzo consciente y el sufrimiento intencional. De acuerdo con el dualismo cartesiano, el cuerpo y el alma son incapaces de actuar el uno sobre el otro mutua y efectivamente. Por lo tanto, no tiene sentido alguno sugerir que los esfuerzos y sufrimientos corporales pueden contribuir direc-

tamente al desarrollo del alma. Recíprocamente, el concepto de que mediante el desarrollo interior el hombre puede transformar completamente su poder para actuar sobre el mundo exterior, carece en absoluto de sentido para cualquier dualista. Ocurre también que Descartes fué un gran físico y vivió a comienzos de un período en que la física obtuvo sus más brillantes éxitos al establecer la uniformidad de los procesos que ocurren en todos los sistemas mecánicos. Por primera vez en el pensamiento occidental se establece una ley que parece poseer una validez universal y que se extiende no sólo a todos los fenómenos terrestres sino también a los cielos. En aquella época las conquistas del pensamiento oriental aún no se conocían. No se sabía, por ejemplo, que un pensador muy superior, Gotama Buda, había establecido leyes universales de importancia aun más decisiva en sus doctrinas sobre la causalidad universal y la decadencia universal. Tampoco se sabía que en la China prehistórica se habían elucidado leyes aun más significativas que afectaban la estructura misma de la realidad. Y, sobre todo, no se podía saber que en Asia existía desde épocas remotas un conocimiento insospechado sobre la posibilidad de desarrollar en el hombre poderes tales, que las operaciones del pensamiento lógico comparadas con ellos, son casi meros juegos de niños. Faltos de este conocimiento, los descubrimientos de Descartes, Galileo, Newton y sus sucesores impresionaron al mundo contemporáneo occidental tanto como las conquistas de Aristóteles y de los sabios griegos de 1700 años antes.

La creencia de que las explicaciones mecanicistas de los fenómenos naturales son más lógicas y consistentes que las concepciones que toman en cuenta la existencia de un propósito, constituye sólo una de las tendencias perniciosas que se arraigaron en el pensamiento científico como consecuencia de la filosofía cartesiana. La identificación del ser humano con su propio proceso de pensar tuvo resultados aún más desastrosos para la comprensión de la naturaleza humana. La noción de que el hombre posee tres partes espiritualizadas, cada una de

las cuales tiene que hacer una contribución total para una existencia normalmente equilibrada, se estableció mucho antes del nacimiento de la filosofía griega. Se lo puede hallar en los más antiguos Upanishads y en la literatura primitiva de los pueblos arios. De acuerdo con las investigaciones psicológicas hechas por Gurdjieff y sus colaboradores, se tenía conocimiento de esta doctrina y constituía la base de la vida práctica en las civilizaciones sumerias y babilónicas y en las desaparecidas del Asia Central. La tradición llegó hasta Platón y sus discípulos, que hasta cierto punto la comprendieron. También formó parte de las primeras enseñanzas psicológicas de las iglesias cristianas, aun cuando los Padres de la Iglesia la desvirtuaron y la entendieron erróneamente. Persistió en Occidente y fué expresada por Meister Eckhart y varias escuelas de pensamiento que siguieron en actividad hasta el siglo xvii. Descartes le dió el golpe de gracia. Desde entonces la mente pensante se consideró como el único asiento de la experiencia humana. El sentimiento y la percepción sensorial fueron considerados ya sea como actividades subsidiarias de la mente pensante o como procesos puramente físicos que ocurren en el cuerpo. La confusión que existe entre estos dos conceptos puede advertirse en la forma en que Descartes trata las pasiones. Los que se rebelaron ante aquella desfiguración de los hechos, como el filósofo y psicólogo inglés John Locke, fueron mal comprendidos y peor interpretados. Y hasta fines del siglo xix no reconoció nuevamente la psicología la existencia de procesos que, aunque no ocurren en la mente pensante, ejercen una profunda influencia en la conducta humana. Aun así, la influencia del pensamiento cartesiano siguió siendo tan fuerte que los datos cuya evidencia hubiera debido llevar al reconocimiento de los procesos no-mentales no fueron interpretados, como hubiera debido serlo, en función de las tres partes espiritualizadas o potencialmente conscientes de la psiquis humana.

Una consecuencia de la división cartesiana de la realidad



en las dos categorías de substancia pensante y substancia espacial fué la de hacer difícil que el mundo contemporáneo comprenda la enseñanza de Gurdjieff. La única forma en que se pueden eliminar las contradicciones de una metafísica dualista es reconociendo que la materia y la experiencia son dos aspectos de una misma realidad. Muchos filósofos han sostenido este punto de vista, especialmente Whitehead, pero nadie fué capaz de encontrar la forma de comprobar que la materia y la experiencia pertenecen a órdenes diferentes. Mc Taggart, en su *Naturaleza de la Existencia*, lo entendió oscuramente, pero sus predisposiciones idealistas le impidieron descubrir la manera de expresarlo en forma concreta. Surge naturalmente del concepto de eternidad, sobre el que hice algunas sugerencias preliminares en *La Crisis de los Asuntos Humanos*. Está ampliamente expresado en los escritos del propio Gurdjieff, en los que su significación se hace clara para la adecuada comprensión del hombre y del lugar que éste ocupa en el universo.

Bastante se ha dicho ya para demostrar por qué he descrito la influencia de Descartes como un desastre para el pensamiento occidental (El fué el principal responsable de la preeminencia de las teorías dualistas, que han impedido al hombre llegar a la comprensión de que es un ser destinado a crearse a sí mismo.) Contribuyó en gran parte a establecer la creencia de que se debían adoptar las explicaciones mecanicistas o causales en lugar de las que invocan una finalidad o un propósito. Fué él quien puso los más grandes obstáculos para que el hombre llegara a comprender que es un ser poseedor de tres cerebros. Y fué quien, en no pequeña proporción, contribuyó a que fuésemos incapaces de advertir que el verdadero ser, el "Yo" del hombre, no surge automáticamente sino que ha de ser creado mediante el trabajo intencional. Aun cuando era nominalmente cristiano y se esforzaba por aceptar el dominio de la Iglesia Católica (la prueba está en que se negó a ver a Galileo cuando visitó Italia), su filosofía era incompatible con cualquier

sentimiento religioso genuino y su influencia contribuyó mucho a la aparición del ateísmo en el pensamiento científico.

Se ha sugerido que el dualismo cartesiano no es incompatible con un noble concepto del destino humano. Se representa al hombre como un ser de naturaleza dual; un ser cuyo destino es emanciparse gradualmente de la "materia" grosera y existir cada vez más como "espíritu", hasta que al final la materia se desechará como un vestido usado y el espíritu humano se regocijará a la luz del Espíritu Divino.

A mi entender, semejantes doctrinas se estrellan contra las rocas de la acción recíproca psico-somática. Si el espíritu y la materia actúan el uno sobre el otro, deben de tener alguna propiedad común que hace al espíritu material y a la materia espiritual. Una vez admitido esto (y me parece que la admisión es inevitable a menos que estemos dispuestos a aceptar alguna doctrina de armonía "preestablecida"), "materia" y "espíritu" se convierten en simples nombres de diferentes grados de la misma substancia primordial.

Además, para mí es mucho más convincente y espléndida la concepción de la redención del mundo físico mediante un trabajo consciente que evita la influencia degeneradora del tiempo, que huir de un mundo inevitablemente condenado a la destrucción. La doctrina de Gurdjieff sobre las tres modalidades del ser tornan innecesario al dualismo, y creo que no hay una sola persona que, pudiendo evitarlo, desee quedar atascada en esa ciénaga de contradicciones sin resolver.

El tercer desastre, que ocurrió unos doscientos años después de Descartes, está representado por la entrada en el pensamiento científico, y luego en la mentalidad general del mundo contemporáneo, de la doctrina de la Evolución concebida como un progreso automático y necesario en dirección ascendente. Se ha señalado a menudo que la idea del progreso es un factor relativamente nuevo en el pensamiento humano. Los griegos concibieron el proceso histórico como una serie de ciclos en los que se repetían periódicamente situaciones

similares. Tenían siempre presente la idea de una Edad de Oro anterior, a partir de la cual habíase producido un deterioro paulatino. Para los primeros cristianos (y este concepto no derivó del pensamiento griego sino del judío) el mundo se presentaba también en pleno proceso de deterioro, que inevitablemente terminaría en un desastre, al cual seguiría una repentina transformación en el mundo de la Resurrección. Es innecesario mencionar que la noción de un progreso automático estaba completamente ausente del pensamiento oriental.

Aun para los reformadores del siglo XVIII la esperanza en el futuro no se presentaba en función de un progreso automático, sino más bien de la destrucción de la tiranía y del retorno de la humanidad a un estado normal de existencia, que ellos concebían como correspondiente a su intrínsecamente buena naturaleza social.

Si en el pensamiento humano la idea del progreso pudiera asociarse a algún nombre, éste sería con toda probabilidad el del filósofo alemán Hegel con su doctrina de la Dialéctica de la Idea Absoluta. Desde luego, Hegel estaba completamente imbuído de las nociones aristotélicas acerca de la supremacía de la razón: en realidad, consideraba la razón como la ley fundamental de la naturaleza y el único medio por el cual el hombre podía llegar a una armonía con el universo. Partiendo de una condición primitiva de ser indiferenciado, se supuso que la ley de la razón había operado, a través del tiempo, de suerte que produjo progresivamente modalidades de ser más elevadas y espirituales, que finalmente culminarían en la conquista de la Idea absoluta. No es fácil reconstruir hoy día el prestigio de que el SISTEMA (hay que escribirlo así, con mayúsculas) disfrutó a comienzos del siglo XIX. En un mundo donde el sufrimiento y la injusticia eran obvios, el absurdo histórico de la pretensión hegeliana de que ya se había alcanzado el milenio fué una de las principales causas del derrumbamiento de su doctrina. Engels y Marx se apoderaron de la idea del progreso necesario mediante el mismo

mecanismo, pero esta vez interpretado en términos materialistas en vez de espirituales, y basaron en ella su doctrina de la lucha de clases y el surgimiento de otro milenio en el que no habría ni injusticia ni sufrimiento. Por un accidente histórico la publicación de *El Capital* coincidió casi exactamente con el de *El Origen de las Especies* de Darwin, que pareció proporcionar una "prueba científica" de la validez de la doctrina del progreso automático necesario.

Una vez más había surgido una teoría que pretendía validez científica, y cuyas consecuencias serían perniciosas para las generaciones futuras. Ya me he referido a la diferencia que es preciso establecer entre el valor práctico de la teoría de la Evolución como medio para clasificar datos biológicos y el peligro que implica suponer que se entiende el mecanismo de la evolución. Puede darse como establecido el hecho de que hubo una evolución de las formas biológicas; por lo menos dentro de ciertas especies individuales, en contra de cualquier doctrina de una creación acabada. Pero sería muy distinto afirmar que esta evolución puede explicarse en función de un proceso ciego y accidental que actúa sin ningún propósito y que carece de toda clase de dirección consciente. La expectativa de un milenio como resultado de un ciego conflicto de clases ha recibido un mentís tan completo como la creencia hegeliana de que de los principados germánicos estaba surgiendo una forma de estado.

Nosotros damos por descontado que somos mejores que nuestros antepasados, y que nuestros modos de vida son superiores a los de ellos. En apoyo de esta creencia desfiguramos con temeridad la evidencia de los hechos e ignoramos aquellos que no nos podemos explicar. Se supone, por ejemplo, que nuestra ciencia y nuestra tecnología representan desde todo punto de vista un progreso con respecto a cualquier cosa que haya existido en un pasado remoto. Si esto fuera cierto, sería muy difícil explicarse algunas de las conquistas del hombre prehistórico, tales como la domesticación

de los animales y de las plantas. Esta extraordinaria hazaña tecnológica se llevó a cabo en alguna época de la historia primitiva del hombre. Para poder subsistir dependemos considerablemente de las conquistas agrícolas, cuyos orígenes se pierden más allá del amanecer de la historia. Con todo el progreso de la ciencia biológica, escasos fueron los animales o plantas que hemos podido domesticar que nuestros antepasados no hayan conocido. Es verdad que por medio de la selección de razas hemos realizado grandes progresos, pero todos nuestros éxitos dejan de impresionar cuando se los compara con los conseguidos por quienes tachamos de seres "primitivos". Hay otro triunfo de la técnica del pasado del cual en la actualidad somos probadamente incapaces: la creación de una nueva forma lingüística. El fracaso de las numerosas tentativas que se hicieron para crear un idioma universal deberían convencer a cualquier hombre capaz de juzgar imparcialmente, de que hay un elevadísimo crédito a favor de aquellos progenitores nuestros que hace diez o veinte mil años descubrieron los medios de adaptar símbolos abstractos a los procesos del pensamiento humano. Es sólo un prejuicio premeditado lo que nos permite afirmar que estas cosas las hicieron unos ignorantes salvajes trabajando con un ciego procedimiento de probar y probar o por cualquier otro proceso automático inconsciente.

Una de las infortunadas consecuencias de la doctrina de la evolución automática y ciega es que nos impide ver que realmente puede tener lugar un proceso evolutivo genuino aunque completamente distinto. El desarrollo de una forma inferior de existencia hasta alcanzar una superior es harto posible, pero únicamente como resultado de una acción consciente e intencional. Solamente a esta altura puede entenderse la absoluta incompatibilidad entre la enseñanza de Gurdjieff y toda la ciencia y filosofía existentes desde los tiempos griegos. Oponiéndose a la enseñanza de Aristóteles niega la supremacía de la mente humana y su capacidad de conoci-

miento; afirma, en cambio, que es un instrumento limitado, que debe desarrollarse mediante el trabajo consciente antes de que se le pueda reconocer la posesión de la razón objetiva. Niega el dualismo cartesiano de substancia pensante y extensa, y en cambio afirma una jerarquía de materia y experiencia en la que el hombre, dado su estado actual de escaso desarrollo, ocupa un lugar sumamente bajo; pero indica que el hombre puede ascender, de etapa en etapa, hasta alcanzar el grado de desarrollo que lo hará significativo no sólo para su medio ambiente sino también para propósitos cósmicos de un orden muy elevado. Y en cuanto a la evolución automática y necesaria de Hegel, Marx y Darwin, afirma que todo progreso ascendente tiene que tener un propósito y sólo puede obtenerse por medio de un trabajo consciente y del sufrimiento intencional. Ya me he referido a las diferencias que él establece entre los tres Modos de Existencia. Una vez que el significado de esta diferenciación se ha comprendido bien, llega a ser obvio que la ciencia y filosofías occidentales, aun poseyendo las llaves para una comprensión adecuada, han errado el camino por no haber entendido un principio fundamental: que para poder *saber* es preciso *ser*.

#### CAPÍTULO IV

### LA TRAGEDIA DE LA RELIGIÓN CONTEMPORÁNEA

Entre las numerosas cosas extrañas que se enseñan a los niños en las lecciones de geografía, se incluye la estadística de la población mundial distribuída en varios grupos raciales, económicos y culturales. En una de las páginas de atlas hay un mapamundi que muestra la distribución de las distintas religiones, y estadísticas que indican cuántos budistas, cristianos, hindúes, mahometanos, etc., viven en el mundo. Las cifras arrojan un total de algo más de dos mil millones, cifra en que se estima la población total del mundo, y si alguna vez se le ocurre al niño pensar en eso, llegará a la conclusión de que todo ser humano es necesariamente un budista, un cristiano o un mahometano, etc., hasta abarcar el número de grupos religiosos adoptado. A veces, es verdad, hay un remanente: por ejemplo, en el atlas que acabo de consultar, la división se hace entre cristianos, mahometanos, confucionistas y budistas, brahmanistas y paganos; los últimos mencionados aparecen principalmente como habitantes de África y de algunas regiones cercanas al círculo polar Ártico. Felizmente, constituyen tan sólo un pequeño porcentaje de la población mundial. Ahora bien, si el niño comenzara a especular, como suelen hacer casi todos los niños, al contemplar todas las regiones marcadas con colores no-paganos podría experimentar una sensación viendo que Dios ocupa un lugar tan importante en la vida del hombre. Pero se encontraría ante una

tarea sumamente difícil si quisiera reforzar este sentimiento observando la vida de las personas mayores con las que está en contacto, y quizá llegaría a desarrollar una incredulidad que podría extenderse al resto de sus lecciones de geografía.

Sabemos demasiado bien que estas divisiones significan muy poco frente a las convicciones interiores y creencias, al modo de vida y a los motivos dominantes en la existencia de los seres en cuestión. A la vez no podemos dejar de asociar con la palabra religión ciertas ideas, ciertas creencias y cierto modo de vida. Si la religión no significa por lo menos esto, no significa nada. La mayoría de la gente tiene alguna idea (aunque a menudo muy alejada de la verdad) de lo que enseñan las religiones en cuanto al hombre y su destino, y la conducta que debe observar. Comencemos por preguntarnos en los términos más sencillos hasta qué punto la vida de varias grandes comunidades corresponde a lo que está prescrito en las creencias religiosas que se supone poseen. Conforme a las estadísticas más recientes, el budismo y sus distintas ramas es la religión que cuenta con mayor número de fieles. Pero no confiamos demasiado en estas cifras; quienes las preparan tienen, por lo general, escaso conocimiento acerca del contenido de las enseñanzas religiosas, y se ven obligados a confiar en los nombres y las descripciones de terceros, casi tan ignorantes como ellos mismos. Sin embargo, podemos decir que hay extensas regiones en el mundo donde la tradición budista domina cuanto existe de vida religiosa. Ahora bien, la característica principal de la tradición budista ha sido siempre el respeto por toda criatura viviente y la abstención de la violencia en todas sus formas, y durante mucho tiempo esta tradición influyó considerablemente en la disminución de las guerras y casi puso fin a las guerras de conquista. Que el horror a las guerras era muy real en los antiguos budistas se puede ver en los edictos del rey Asoka de la India, y por los resultados que dieron los esfuerzos de los primeros misioneros budistas en China. ¿Qué es

lo que vemos hoy día? Pues justamente que en los pueblos que aparecen como budistas en los mapas, el azote de la guerra está progresando. Más de la mitad de los "budistas" se hallan combatiendo en alguna forma de guerra o de lucha civil.

También podemos echar una mirada a la vida de los individuos. La parte central, quizá la esencia misma de la enseñanza de Gotama Buda a sus discípulos inmediatos nos dice que solo mediante los esfuerzos personales puede el hombre liberarse de los sufrimientos infinitos de su existencia corporal. Marga, el Camino, con sus ocho esfuerzos, era el único medio de librarse de aquellos defectos inherentes que impiden al hombre obtener su liberación. De acuerdo con una de las más antiguas tradiciones, las últimas palabras de Gotama Buda cuando se estaba muriendo, fueron: "Sed diligentes en el trabajo para vuestra salvación." Oponiéndose a todas las formas de ritos exteriores, Buda condenó particularmente los sacrificios y las ofrendas rituales, porque distraían al hombre de la comprensión de que todo depende del propio esfuerzo interior. Sin embargo, hoy pueden verse en casi todos los países budistas templos con rituales muy elaborados, sacerdotes que asumen el papel de intermediarios entre el hombre y los altos poderes, lo que el Fundador de la religión había condenado en los brahmanes contemporáneos suyos. El arduo trabajo de recogimiento interior que se indica en la palabra pali "sati-sampajja", y que exige de cada budista una práctica constante para mantenerse mentalmente alerta y en posesión de sí mismo, se ha convertido ahora en ingeniosos molinillos de plegarias que se mantienen en movimiento con un impulso de la mano. ¡Pero aun era demasiado trabajo! Ahora tienen molinillos movidos por el viento; y recientemente recurrieron a la tecnología occidental y han construido molinillos de plegarias que se mueven mediante motorcitos eléctricos. No voy a negar que existen miles de budistas devotos, pero la mayoría de ellos da fe a ciertas creencias que

fueron explícitamente repudiadas por Buda, según lo revelan las crónicas más auténticas de la enseñanza dada personalmente por él. Siempre aparece Buda ridiculizando toda especulación sobre el destino último del hombre. Gotama Buda enseñó que era inútil preguntarse si el hombre existía o no después de la muerte, si su personalidad sobrevivía o no en alguna forma, o si los seres iluminados, que llegan a ser Arhants, tienen o no existencia en el tiempo y en el espacio. Afirmaba que nadie que no estuviese iluminado podía entender aquellas cosas, y en cuanto a los demás, debían únicamente perseverar en el cumplimiento de las obligaciones del Camino. Hoy día el budismo está tan lleno de doctrinas sobre el cielo y el infierno, y complicadas teorías acerca de la vida futura como cualquier otra religión.

Hace dos mil años el hinduismo reemplazó en la India al budismo, restableciéndose el sacerdocio hereditario de los brahmanes. En sus formas más puras el brahmanismo se funda en una enseñanza muy noble y sencilla: nos dice que el hombre (purusha) está hecho a imagen de su Creador (Purusha), y que la más alta felicidad del hombre estriba en despojarse de la ilusión de su individualidad separada, a fin de comprender en sí mismo la verdad última de que Atman es Brahma. Existió una época, hace sólo unos pocos siglos, en que el hinduismo era una fuerza viva para gran número de personas que vivían en la India bajo la tiranía de los invasores mogoles, en las más duras condiciones de opresión. De esta opresión y sufrimiento surgió una modalidad de vida sumamente noble. Los maestros que enseñaban esta modalidad de vida eran respetados como verdaderos hombres sabios, aun cuando no disfrutaban de autoridad eclesiástica ni tenían poder político. ¿Qué es el hinduismo actualmente? Se ha convertido sencillamente en un rótulo político. En la actualidad, ser hindú es ser enemigo de todo lo que no es hindú, especialmente de los cristianos y musulmanes. Muy poco queda del hinduismo que se asemeje a una manera de vivir religiosa.

Han recargado la simplicidad de la doctrina primitiva con complicadas creencias en dioses que se identifican con ciertas virtudes humanas y aun con ciertos poderes físicos y atributos políticos. El conocimiento que existe en las antiguas escuelas tántricas sobre el hombre y los métodos necesarios para desarrollar sus poderes latentes es, por cierto, de gran valor y auténtico. Tampoco cabe la menor duda de que hay escuelas en las que se conserva aún el conocimiento práctico de estos métodos. Los viajeros occidentales pueden, sin grandes dificultades, tomar contacto con algunas de estas escuelas y conocer así a maestros o guías individuales que ejercen gran influencia en reducidos círculos personales. Pero para la mayoría de los indios, la religión se ha convertido en un medio con el cual se explota la sugestionabilidad del pueblo con fines políticos. Una extraña mezcla de ideas orientales y occidentales se ha posesionado de la "Intelligentsia", para la cual la religión tiene muy poco que ver con las creencias íntimas o la manera de vivir.

Otra de las grandes religiones, el Islam, ha realizado su enorme expansión tan sólo durante los últimos mil años. No cabe duda de que esta es una de las razones por las que, en general, se ha alejado menos de las enseñanzas de su Fundador que cualquier otra religión. Además, sus enseñanzas se conservan en escrituras que tienen un alto grado de autenticidad: el Corán y el Hadissat. Se debe, probablemente, a la sabiduría práctica de Mahoma el que los fieles de su religión todavía la practiquen sin haber cambiado los métodos de auto-disciplina establecidos en lo que se llama el Namaz, la quintuple oración canónica diaria, que no ha degenerado hasta convertirse en una fórmula murmurada gracias a las posturas y movimientos corporales que la acompañan. El Ramadán, mes de ayuno que se observa todos los años, lo ideó Mahoma de tal modo que proporciona a los fieles una tarea práctica y sencilla. Lo mismo puede aplicarse al Hajj, la obligación de hacer una vez en la vida una peregrinación a los Santos Lugares.

Todas estas precauciones tienen como efecto conseguir que le sea difícil a un individuo llamarse musulmán sin haber hecho algo respecto a su vida exterior. Además, en la mayoría de los países musulmanes las normas de conducta ordinaria, derivadas principalmente del Hadissat, fueron tomadas como base de la jurisprudencia política, manteniendo la ley Sheri'i, entre la vida religiosa y la civil, un vínculo que ya ha desaparecido casi por completo en otras partes del mundo.

A pesar de la simplicidad de las exigencias prácticas que se le hacen a un musulmán creyente, se han convertido aun así en una carga demasiado pesada para la mayoría de las comunidades islámicas, especialmente las que se pusieron en estrecho contacto con la influencia occidental. Con la extraña propensión de los seres humanos a convertir las buenas instituciones en fuentes de malos resultados, la misma identificación de la vida civil con la religiosa tiende a que la fe islámica degeneren en fanatismo político. En muchas partes del mundo el hecho de ser musulmán equivale a llevar un membrete político. No está lejana la época en que la idea del panislamismo llegó a convertirse en una seria amenaza para los asuntos políticos mundiales; pero cuando hubo de ponerse a prueba se vio claramente que era tan mortecino el fuego de la convicción religiosa que fueron contados los musulmanes dispuestos a hacer algún sacrificio en aras de sus ideales. El credo del Islam se ha convertido en materia de conversación; quizá fuera más correcto decir materia de gritos, y apenas si algo más.

Pero sería un grave error sugerir que no existen en los países musulmanes muchos mahometanos devotos, que viven conforme al sencillo credo de que el hombre existe para servir a Dios y para destruir las barreras que el hombre mismo ha levantado con sus defectos y debilidades entre él y su Creador. He conocido a muchos musulmanes que son un ejemplo viviente para nosotros por la sencillez de su palabra y el decoro con que viven. Existen también tradiciones más profundas, entre las cuales el sufismo es la más conocida, en los cuales se ha con-

servado el conocimiento de antiguos métodos para desarrollar los poderes latentes en el hombre. Hasta hace muy poco tiempo muchos de estos métodos eran practicados por los derviches, que a veces vivían en comunidades y otras apartados del mundo en lugares solitarios. Bajo el Imperio Otomano, los derviches gozaban de grandes consideraciones y sus hermandades, a las que se enorgullecían de pertenecer varios miembros de la familia real, ejercían una gran influencia, desprovista casi de todo matiz político. Una de las consecuencias decisivas de la caída del Imperio Otomano fué la disolución de las comunidades derviches de Turquía y la campaña de falsedades y difamaciones contra su manera de vivir; esta campaña se lanzó con el propósito reconocido de "modernizar" al pueblo turco. El conocimiento de métodos prácticos para facilitar la tarea de la auto-creación mediante "el esfuerzo consciente y el sufrimiento intencional", que poseían varias hermandades derviches, no se ha perdido completamente, pero se ha hecho sumamente difícil tener acceso a él. Es lamentable pues semejante conocimiento posee un valor práctico mayor que el de las escuelas místicas más conocidas de la India. Mientras que hace treinta años, cuando yo vivía en Turquía, mucho era lo que se podía aprender acerca de la obra de los derviches, y a ellos se les trataba con gran respeto; en este breve período de tiempo las cosas han cambiado de tal modo que el pertenecer a una comunidad derviche, o siquiera hablar en público acerca de ellas, se ha convertido en un delito político cuando no criminal. Esto da medida de la rapidez con que el sentido de la realidad de la vida religiosa desaparece de los antiguos países musulmanes.

De las enseñanzas de Moisés y de los profetas judíos derivaron algunos de los conceptos religiosos fundamentales que abarcan casi la mitad del mundo: por ejemplo, el Monoteísmo y la creencia en Individuos Sagrados, enviados o designados por Dios para mediar entre Él y el hombre. Además, ciertas reglas de conducta de la Ley Mosaica son comunes a los ju-

díos, mahometanos y cristianos. Pero sólo quedan unos cuantos millones de individuos y la mayoría pertenece a una sola raza, que profesa una adhesión completa a la tradición original mosaica; aun para la mayoría de los judíos, la religión de Moisés ha dejado de formar parte de sus creencias íntimas y de su vida exterior. Tal como ha ocurrido con el hinduismo y el islamismo, el judaísmo como religión ha cedido su lugar a un credo político. (Se dice que actualmente los judíos se han dividido en tres categorías: los judaístas, los sionistas y los judíos que no son ni lo uno ni lo otro.) Pero como ocurre con todas las demás comunidades, entre los judíos también se encuentran muchos adherentes devotos al judaísmo, cuya vida rige el elaborado código de conducta prescrito en la Ley Mosaica y en el Talmud, y cuya fe se mantiene viva en el Dios de sus Padres, y cuya esperanza reside en el cumplimiento de Su Voluntad. También existen rabinos que aun conservan sus conocimientos tradicionales y que los transmiten de generación en generación; pero su número va disminuyendo velozmente y ahora es muy difícil encontrarlos. Aun aquellas admirables cualidades judías de unidad y armonía familiar, de fortaleza en las persecuciones, se han debilitado, y la fuerza espiritual del judaísmo se ha perdido en medio de las ambiciones políticas y en propósitos que a veces son mucho menos dignos de admiración.

Para completar esta historia, debemos volver nuestra mirada al cristianismo. Nos muestra el aspecto más lamentable de todos. En el mapa del mundo hay muchas zonas cubiertas con el color correspondiente a los pueblos cristianos. Quizás porque no podían hacer otra cosa, los que hicieron estos mapas pintaron con ese color países donde el repudio a todo concepto religioso está impreso en la constitución del estado y donde se reconoce oficialmente como canales de propaganda oficial a las filiales de una organización que ostenta el llamativo título de "Sociedad de los Sin-Dios". La historia del cristianismo en la Rusia soviética, desde la Revo-

lución de Octubre, ha sido la de una simple conveniencia política. Durante la guerra de 1939-1945 descubrieron en Rusia que la exhortación religiosa podía servir de ayuda moral al combatiente. En otro período la "tolerancia" (según dijeron ellos) de las comunidades religiosas sirvió como una buena urna de propaganda en los países extranjeros. No podemos menos de sentir indignación ante semejante actitud hacia la vida religiosa y semejante manera de tratarla. Pero ¿en qué sentido puede algún país "cristiano" afirmar que es realmente cristiano en algo que no sea el nombre? ¿Qué papel desempeña lo que podríamos llamar enseñanza cristiana en la vida diaria, en los motivos principales y en las creencias de la mayoría de los pueblos que se llaman a sí mismos cristianos? Con respecto a estas tres cosas la enseñanza de Jesucristo fué inequívoca. Predicó la doctrina del Reino de Dios y afirmó que, a menos que la búsqueda del Reino fuese el motivo dominante de la vida del hombre, él y su obra serían inevitablemente destruidos. También especificó el modo de vida mediante el cual podía alcanzarse el Reino de los Cielos. Sean cuales fueren las diferencias de doctrina u opinión entre las muchas sectas cristianas, ninguna de ellas puede negar estas palabras sin impugnar la autenticidad de los únicos documentos dignos de fe y que contienen lo que el propio Jesucristo enseñó a sus discípulos más inmediatos. Y en ninguna otra religión del mundo se han abandonado tan completamente los mandamientos dados por su Fundador.

La santidad de la vida humana y el aborrecimiento a la violencia se llevan al último extremo en aquel pasaje del Sermón de la Montaña que comienza diciendo: "Mas yo os digo, no resistáis al mal." Tan terminantes son estas palabras de Jesús que no hay posibilidad de desfigurarlas de modo que puedan armonizar con la aprobación de la guerra en cualquiera de sus formas. Lo más probable es que una de las escenas principales de la crucifixión de Jesús fuera su terminante negativa a sancionar siquiera en apariencia la idea de una



insurrección mesiánica contra el poder romano de su tiempo. Sin embargo, toda la historia de los pueblos cristianos ha sido una historia de guerras, conquistas, opresión y violencia. El verdadero acontecimiento que convirtió al cristianismo el año 312 D. C. en una fuerza mundial —al ser adoptado como religión oficial del Imperio Romano—, fué una batalla en la que las palabras *ἔν τούτῳ νίκᾳ* se tomaron como una señal para alentar las tropas romanas a una cruel matanza. El continente americano, que aparece en los mapas como la mayor zona del color cristiano, se hizo cristiano a través de guerras de conquista y de exterminio cuyo horror no tienen paralelo en la historia conocida. Quizá ya hemos dejado atrás la costumbre de dividir la humanidad en cristianos y paganos, y de considerar al mundo cristiano como (por lo menos fundamentalmente) bueno y al mundo pagano como (por lo menos fundamentalmente) malo, pero aun podemos asumir una singular actitud de auto-satisfacción acerca de la superioridad de las tradiciones cristianas y del “modo de vivir cristiano” cuando los comparamos con cualquier otro.

Cuando he vivido en pueblos de distinto credo religioso, jamás pude observar en ellos una actitud similar para con nosotros, sino más bien una de sorpresa, no carente de piedad, ante nuestra incapacidad para vernos como realmente somos. Cuando se consigue entablar una conversación realmente sincera con los habitantes de los pueblos asiáticos, se encuentra en ellos más que un sentimiento de superioridad frente a nosotros, la incapacidad de comprender cómo los cristianos asignan a su religión un valor superior o la creen capaz de establecer un buen sistema de vida. Nos señalan la historia del mundo cristiano y nos piden que expliquemos la sucesión de guerras y revoluciones, la destrucción despiadada y la dura crueldad que han prevalecido siempre en la cristiandad, en grado superior al de cualquier otra parte del mundo. Muchos de estos asiáticos han leído los Evangelios y manifestado profunda admiración ante los sublimes conceptos expresados por Jesucristo, tales

como: “Bienaventurados los pacificadores”; “Amad a vuestros enemigos”; y se preguntan cómo es posible que los pueblos de occidente tengan la osadía de considerarse cristianos. Manifiestan sorpresa y piedad ante nuestros fracasos, pero no pueden ocultar el asco que les produce nuestra hipocresía. El miserable argumento de que el cristianismo no podía introducirse sino a sangre y fuego queda invalidado ante el ejemplo de los misioneros budistas que convirtieron al Tibet y China sin ninguna clase de arma y sólo con el poder de sus ideas. Y aquel otro argumento de que en un tiempo éramos salvajes, y que debemos olvidar los males del pasado en las glorias del presente, poco puede convencer a pueblos pacíficos que acaban de presenciar cómo las naciones cristianas libraron las dos guerras más sanguinarias que registra la historia, y ahora están preparándose para una tercera.

El período de las guerras de conquista y de persecución religiosa parece hallarse ya a distancia conveniente de nosotros, y si las cosas no andan mejor en la actualidad, podemos consolarnos con el pensamiento de que esto se debe al debilitamiento del sentimiento religioso, y que un renacimiento religioso podría llevarnos de vuelta a una manera de vivir mejor. Podemos ver cuán poco fundamento tiene tal esperanza si retrocedemos a aquel período en que los renacimientos religiosos estaban a la orden del día. Esta época coincide con la de la Revolución Industrial (1750-1850), período de la historia humana que no puede sino provocar vergüenza en cualquier pueblo o raza de la tierra. Fué durante aquella época cuando tuvieron lugar, de un lado, vehementes protestas de adhesión a la doctrina cristiana, a manera de rebeldía contra el libertinaje del siglo anterior, y, por el otro lado, el despiadado avasallamiento de pueblos que pertenecían a la misma raza y credo que sus opresores. Y aquellas mismas personas que en su vida diaria pisoteaban todos los preceptos de la enseñanza de Jesús eran a menudo reformistas y profesaban exteriormente una vida cristiana. El mismo hombre que oraba y leía pasajes de la Biblia

ante su familia y criados, se apresuraba luego en llegar a su fábrica repleta de obreros sudorosos, muchas veces niños, sin otro pensamiento que el de ejercer su poder y amasar una fortuna. La destrucción final de estas iniquidades no se produjo por obra de los reformadores cristianos sino por la lucha de hombres y mujeres que no podían menos que rebelarse contra las instituciones cristianas. Tan bajo ha caído la enseñanza cristiana ante los ojos de la mayoría de la gente, que se ha llegado a sostener la opinión de que una tolerancia mayor y el mejoramiento de las relaciones humanas depende exclusivamente de la "liquidación" final de todas las supersticiones religiosas. Y esta hostilidad activa contra la religión ha aparecido casi exclusivamente en los países que se llaman a sí mismos cristianos.

Podrá argüirse que he atacado a una Cristiandad que en realidad no existe; que nadie toma en serio la afirmación de que la población entera de los países "cristianos" sea cristiana en el verdadero sentido de esa palabra; que deberíamos mirar más bien hacia los miembros devotos y practicantes de las iglesias cristianas a fin de juzgar la verdadera situación en que se encuentra esa fe. Pero el mero hecho de que tengamos que usar la palabra "iglesias", en plural, basta para recordarnos que los cristianos devotos y practicantes ni siquiera están unidos, y que el mandamiento "Amaos los unos a los otros" hace mucho que se retractó en el *odium theologicum*. Aunque esto pueda parecer una burla injusta a los miles de personas que se esfuerzan honradamente en llevar una vida cristiana conforme a los preceptos de la institución religiosa a que pertenecen. Sin embargo, tenemos el derecho de hacer una pregunta decisiva: "¿Hasta qué punto las iglesias practican o siquiera predicen las enseñanzas de Jesucristo?" Se han descuidado casi todas las enseñanzas de Jesucristo reemplazándolas por conceptos cuyo origen puede hallarse en la filosofía griega y en el pensamiento, por cierto no religioso, de los filósofos acerca de los cuales escribí en el capítulo anterior.

Aquí debo volver a un punto decisivo al que ya me he referido varias veces: la actitud de las iglesias cristianas ante la guerra. Hasta donde alcanza nuestra memoria no se oyó ningún grito de protesta de parte de las iglesias cristianas contra todos los horrores de la guerra que acaba de terminar. Sin ninguna protesta se cometieron toda clase de atrocidades por ambos lados. Quizá la culminación de todo este horror haya sido la destrucción por la bomba atómica de miles de mujeres y niños japoneses indefensos. Excepto pequeñas sectas, como los cuáqueros, para los cuales la condenación de la violencia constituye la característica principal de sus enseñanzas, ¡cuán pocas y cuán tímidas fueron las voces de los eclesiásticos o laicos cristianos que se levantaron para condenar las "represalias" o la destrucción innecesaria, sin mencionar la guerra en sí misma! ¿Desde cuántos pulpitos se predica hoy: "No resistáis al mal; ante cualquiera que te hiere en la mejilla diestra, vuélvele también la otra"?

Quienes observan estas cosas hablan a menudo del "fracaso de la religión", implicando con ello que la religión "debería" tener "éxito". También hay gente que dice: "Si esto es todo cuanto la religión ha hecho para beneficio de la humanidad, pues estaremos mejor sin ella." Y otros afirman: "No, no tendremos esperanza alguna, a menos que consigamos hacer triunfar la religión."

Se emplea la palabra "religión" como si se tratase de una empresa en la que se debería pensar en términos de "éxito" o "fracaso", exteriorizándose así su sentido y apartándola del hombre de modo que éste pueda opinar sobre ella y juzgarla. Da por sentado que hay algo a lo cual se refiere la palabra religión, y que ese algo puede ser bueno o malo, cierto o errado, triunfante o fracasado, etc. Tan poderosamente se ha atrincherado esta manera de pensar, que el lector probablemente se pregunte a dónde voy a parar, y pensará con impaciencia que al tratar de un asunto tan serio pierdo el tiempo en discutir sutilezas acerca de las palabras; pero ocurre que

se ha producido en nuestro pensamiento un equívoco muy grave, perpetuado por el uso de la palabra religión. Yo mismo la he utilizado a lo largo de este capítulo, principalmente para demostrar la contradicción a que conduce. Cuando tratamos de señalar algo preciso en materia religiosa no hallamos sino una masa de irrealidades; sin embargo, tenemos la obligación de reconocer que existe algo muy importante y muy necesario para la vida del hombre, oculto en la experiencia y en la vida de los hombres que han seguido el camino de la religión.

Opino que uno de los principales motivos de la confusión reinante es justamente la palabra *religión*. Esta palabra es esencialmente pagana. Apareció en la lengua latina mucho antes del nacimiento del cristianismo, para indicar una parte de la actividad humana, a saber, la que se relaciona con los asuntos de los dioses. Para los primeros romanos la religión no representaba en modo alguno el centro de la vida humana, y no se debía a ningún sentimiento de impiedad o de negligencia del deber el que dejaran a los especialistas, como señaló Cicerón, las reflexiones profundas sobre los asuntos divinos, mientras el ciudadano romano, ya fuese de la aristocracia o de la plebe, se contentaba con cumplir con ciertos deberes mínimos que exigían las costumbres de la época. Cuando el cristianismo conquistó el Imperio Romano, el concepto de que la religión era únicamente un aspecto de la vida humana se mantuvo en pie. El pensamiento griego no había separado el arte, la religión y la filosofía, o la búsqueda de la belleza, del bien y de la verdad en secciones separadas del esfuerzo humano; pero en la época moderna esta división, por razones que sería muy largo discutir en esta obra, adquirió gradualmente autoridad y se estableció con firmeza. Tuvo como significativo resultado el de colocar la actividad religiosa más o menos al mismo nivel que las demás actividades humanas y en conflicto directo con las enseñanzas de los Fundadores de todas las grandes religiones.

Merece notarse el hecho de que en los Evangelios la palabra religión no aparece ni una sola vez. Hallamos dos veces en los

Hechos y una vez en las Epístolas la palabra griega *θρησκεία*, que se tradujo por "religión"; pero en realidad no equivale a la palabra religión sino más bien a adoración o devoción. Ninguna palabra equivalente a religión se utiliza en conexión con ninguna otra enseñanza. Cuando traducimos idiomas muy distintos de los nuestros acostumbramos a usar equivalentes falsos, sin echar de ver los equívocos que de ellos pueden resultar. Por ejemplo, es corriente que la palabra sánscrita Dharma, o la pali Dhamma, se traduzcan como "religión", cuando sólo significan "sistema" o "método". La confesión de fe budista: "Yo pongo mi fe en el Buda, yo pongo mi fe en el Dharma, yo pongo mi fe en el Sangha", no constituye la declaración de fe en una enseñanza religiosa sino en la eficacia de los métodos que enseñaba Gotama en el Camino. La palabra árabe Din, también se traduce por "religión", pero se relaciona más bien con la idea de rendición de cuentas o de juicio. Más cercana a nuestro concepto de religión se encuentra la palabra Islam, que, sin embargo, significa salvación.

La preocupación fundamental de los Fundadores de las grandes religiones no fué la de ofrecer al hombre algo que fuera extraño a él mismo, como un cuerpo de doctrina, una institución, un algo que solamente ocupara cierto lugar en su vida, que lo guardara de peligros particulares y que le asegurara beneficios especiales; fué la de hacerle emprender el *camino*, el camino de la salvación, el camino del Reino. En sus enseñanzas no hay nada remoto ni complicado. "Porque este mandamiento que yo te intimo hoy, no te es encubierto, ni está lejos. No está en el cielo, para que digas: ¿Quién subirá por nosotros al cielo y nos lo traerá, y nos lo representará, para que lo cumplamos? Ni está de la otra parte de la mar, para que digas: ¿Quién pasará por nosotros la mar, para que nos la traiga, y nos lo represente, a fin de que lo cumplamos? Porque muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas. Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal: Porque yo te mando hoy que ames a Jehová tu Dios,

que andes en sus caminos y guardes sus mandamientos y sus estatutos, y sus derechos, para que vivas y seas multiplicado, y Jehová tu Dios te bendiga en la tierra a la cual entras para poseerla.”<sup>1</sup> Es una característica invariable en la enseñanza de los Fundadores el rechazo de toda especulación teológica y teoría ética, para subrayar el principio fundamental del auto-perfeccionamiento mediante el esfuerzo consciente y el sufrimiento intencional. Es mucho más fácil especular acerca de la naturaleza de Dios que luchar contra los propios defectos, o formular reglas de conducta que vivir de acuerdo a los dictados de la conciencia. Todos los hombres y mujeres de cualquier raza o credo pueden entrar en esta lucha consciente; pero los dogmas teológicos y los sistemas de ética son las fuentes más prolíficas de equívocos y de conflictos.

Para poder comprender cómo se cae de la práctica a la teoría, podemos considerar una secuencia típica de acontecimientos en el desarrollo de una religión. Primero existe la enseñanza simple y práctica que da el Fundador, libre de especulaciones filosóficas o teológicas. En seguida surgen las leyendas que colocan los hechos de la vida y muerte del Fundador en una falsa perspectiva humana. A su vez dan lugar a falsas esperanzas, a desilusiones que traen consigo una reacción hacia la filosofía y la teología especulativa como medio de dar una nueva sanción a la creciente organización de la iglesia futura. Luego viene la conquista del mundo, tal como conquistó el budismo con Asoka y el cristianismo con Constantino. El precio de esta conquista es renunciar a todo contacto con la enseñanza del Fundador y sustituirla por doctrinas acomodaticias; estas doctrinas se basan muchas veces en nociones efímeras sobre el hombre y el universo, y terminan por caer en el descrédito. Finalmente tenemos el espectáculo de los dogmas religiosos (aun entre los fieles de una misma religión), que siempre están en conflicto y se contradicen los unos a los otros. De este modo la religión cae en el descrédito y con ello pierde su

<sup>1</sup> Deuteronomio XXX, 11-16.

poder de auxiliar a la humanidad. Sin embargo, si pensamos en los términos de los mandamientos prácticos que los Fundadores dieron a sus discípulos inmediatos, resulta evidente la identidad de enseñanza común a todos ellas: *El hombre no es lo que debe ser.* Su vida no tiene sentido ni valor alguno si sólo se la interpreta en función de su existencia actual. Tiene que mirar más allá; pero no lo puede hacer por sí solo, porque es ciego y es preciso abrirle los ojos. Tiene que cambiar su propio ser, pero para poder hacerlo debe pagar el precio, que es el sacrificio de lo transitorio e ilusorio a fin de ganar lo eterno y real. Tiene que nacer de nuevo; pero antes de que pueda haber resurrección, tiene que haber muerto. Tiene que morir como lo que actualmente es, a fin de poder transformarse en lo que puede ser. Aun cuando no puede hacer nada sin ayuda de los Individuos Sagrados que preparan el camino que tiene que seguir, su destino está siempre en sus propias manos, pues únicamente sus esfuerzos y sus sacrificios podrán determinar si su elección está o no justificada. Además, con esto no sólo pide su propia salvación sino que tiene que aceptar toda la responsabilidad inherente a la tarea de salvar también a su prójimo. A través de todas estas enseñanzas se comprende que lo único que importa son estas cosas, y que fuera de ellas la vida es una farsa sin sentido.

He decidido formular estos principios en los términos que más se aproximan a los que usa Gurdjieff en sus escritos, pero creo que no habrá ninguna dificultad en reconocer que son substancialmente idénticos al contenido de las sagradas escrituras que han llegado hasta nuestros tiempos, como evidencia de las enseñanzas directamente impartidas por los Individuos Sagrados a sus discípulos más inmediatos. Las divergencias sólo comienzan a aparecer cuando entramos en el terreno de la especulación teológica. Trataré de demostrar con algunos ejemplos la verdad de esto con respecto a la enseñanza de Jesús. No me voy a ocupar de los acontecimientos de la vida de Jesús, que los Evangelios registran en forma incompleta y que

pueden dar lugar a errores, sino de sus enseñanzas, registradas en ellos, que son indiscutiblemente auténticas. Si leemos atentamente los Evangelios con el propósito de acercarnos lo más posible a lo que Jesús efectivamente dijo y enseñó, comenzarán a formarse en nuestra mente ciertas convicciones acerca de lo que, desde cualquier punto de vista que se lo mire, tiene que ser genuino.

Lo primero que hallamos es la prédica sobre el Reino y la afirmación de que el único propósito válido en la vida humana es alcanzar el Reino. En segundo lugar, vemos con cuánta insistencia se afirma que es difícil alcanzar el Reino, y que le está reservado sólo a unos pocos. Tan difícil es, en verdad, que una y otra vez se representa a los discípulos preguntando llenos de asombro: "¿Quién será, entonces, salvo?" No puede dejar de impresionarnos en la doctrina que se apoderó gradualmente del pensamiento cristiano, su austeridad y la carencia de optimismo sentimental. El éxito y el fracaso en el camino son igualmente reales. El éxito es solamente para aquellos que lo dejan todo y lo siguen. Fracasar es perder. Aunque se promete todo a aquellos que se entregan por entero, no se sugiere siquiera una mano amorosa que auxilie al pusilánime o al remiso. Aquellos que lo entregan todo nada tienen que temer, pero los que retienen algo, aunque lo hagan con la finalidad de cumplir con algún deber obvio y natural, son rechazados. La forma extrema de esta declaración es: "Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su vida, no puede ser mi discípulo. Y cualquiera que no trae su cruz, y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo." Aun cuando consideremos estas palabras como una extravagancia característica del estilo literario del autor del tercer evangelio, hallaremos expresiones equivalentes en las escrituras más sobrias del primero y segundo. Además, para Jesús, la doctrina de la elección en forma alguna garantiza la salvación. "Muchos son los llamados, pocos los elegidos." Aun los elegidos tienen que ganar su

propia salvación; existen también en su enseñanza indicaciones evidentes de que la salvación es aún posible fuera del círculo de los elegidos. "Y os digo que muchos vendrán del Oriente y del Occidente y se sentarán junto con Abraham, e Isaac y Jacob, en el Reino de los Cielos. Mas los hijos del reino serán echados a las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes." A fin de salvarse, el hombre tiene que adquirir algo que no posee por naturaleza. Esto se explica en la parábola del Sembrador y conduce a un dicho que aparece con mayor frecuencia que cualquier otro en los Evangelios Sinópticos: "Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero el que no tiene, aun lo que tiene le será quitado." El hombre es el servidor de Dios, y sirve a un amo severo que cosecha donde no ha sembrado, y recoge donde no ha trabajado. No dejaremos de reconocer en estos dichos una identidad de contenido con la doctrina (esbozada en el primer capítulo) sobre la creación del hombre para un propósito cósmico especial y que puede únicamente llevar a cabo por el hecho de ser libre. Le fué dada la vida, y junto con ella la posibilidad de crearse, mediante esa misma vida, un alma inmortal. Si gana su alma, habrá ganado al mismo tiempo muchísimo más. Si no se forja un alma, lo que tiene, o sea su vida, le será quitado. Hallamos el mismo ejemplo en la parábola del hombre que llegó a la boda sin la ropa adecuada.

Finalmente, no necesito recordar al lector que la hebra de la labor consciente y del sufrimiento intencional como precio de la vida eterna pasa a través de los Evangelios.

Si ahora nos preguntamos: ¿Qué es el Cristianismo? ¿Es la enseñanza de Jesús de acuerdo a los Evangelios? ¿O es la enseñanza de un cristianismo institucional como el que existe en la actualidad? ¿Cómo podríamos contestar? Si decimos que es lo segundo, colocamos por encima de las palabras de Aquél, a quien todo cristiano debe considerar como a un Sagrado Individuo enviado desde lo Alto, las especulaciones evidentemente falibles de los pensadores humanos. No podemos refu-

giarnos tras el argumento de que la enseñanza de los Evangelios es oscura y misteriosa, y estando más allá de la comprensión de los seres sencillos, necesita de la interpretación de teólogos inspirados. No hay nada oscuro y misterioso en los pasajes que he citado. Lo único que nos impide aceptarlos es que nos presentan exigencias que parecen estar más allá de nuestro poder. ¿Y no se deberá quizás a que nunca hemos intentado seriamente cumplirlas? Sea como fuere, tenemos que reconocer que durante cerca de dos mil años sólo unos pocos entre pocos han tratado de seguir fielmente y sin ninguna reserva la enseñanza de Jesucristo. Pero entre estos pocos tenemos auténticas pruebas de éxitos gloriosos. ¿Cuál ha sido el resultado de que el mundo cristiano haya dejado a un lado las enseñanzas inflexibles de su Fundador? Las hemos reemplazado por una cantidad de tonterías sentimentales, de las cuales muchas se basan en una interpretación equivocada de la doctrina de la expiación vicaria, pareciendo así que la salvación está al alcance de la mayoría, y la condenación es sólo para unos pocos. Ha tenido como resultado que los "cristianos" hayan dejado de sentir la necesidad de trabajar en sí mismos. En general, se puede decir lo mismo (como he tratado de demostrar al comienzo de este capítulo) acerca del fracaso de las otras grandes religiones; de esta suerte ha desaparecido en casi todo el mundo aquel sostenido esfuerzo interior que se necesita para la obra de auto-creación.

A esta altura ya puedo resumir la exposición de la enseñanza de Gurdjieff. De acuerdo con ella, el no cumplir con el deber de los esfuerzos conscientes y los sufrimientos intencionales se muestra no sólo en la destrucción del individuo, sino también en los desastres que sufre la raza humana en su totalidad. Los seres humanos no podrán entenderse los unos con los otros, ni tampoco podrán vivir en armonía, a menos que luchan por el objetivo común de la propia perfección. Igualmente, enseña que el esfuerzo consciente y el sufrimiento intencional del individuo produce resultados que van mucho

más allá que su propia experiencia personal. Las palabras: "Buscad primero el Reino de Dios y Su justicia y lo demás os será dado por añadidura", se aplican no solamente al vestido y al alimento sino también a todo lo que es esencialmente necesario para la vida del hombre. Por el hecho de trabajar en sí mismo el hombre llega a convertirse en un ser libre, dotado de juicio propio y capaz de ejercer una crítica imparcial sobre cualquier situación frente a la cual se vea. Al librarse de su propio egoísmo, también se libra de la sugestionabilidad y deja de depender de las opiniones ajenas. Sólo en esta forma puede convertirse en ciudadano de un mundo en el que actúan grandes fuerzas. Ya me he referido al modo como Gurdjieff explica la guerra juzgándola como el resultado de dos factores independientes, el primero de los cuales es la aparición periódica de estados de tensión que se manifiestan en la experiencia interior de los hombres como insatisfacción y desasosiego. Si este desasosiego tomara la forma de descontento para con uno mismo, y se transformara en el anhelo de apresurar el trabajo de auto-perfección, produciría en un corto plazo el mejoramiento de toda la situación humana. Si, por lo contrario, este descontento se dirige hacia las condiciones exteriores de la vida y hacia otras personas, sólo puede conducir a guerras y revoluciones, a los procesos de destrucción mutua que constituyen la mayor vergüenza de la raza humana.

Es una tragedia para la religión contemporánea de todo el mundo que estas verdades fundamentales, claramente expuestas por todos los Individuos Sagrados, se hayan abandonado en tal forma que hoy día la religión ha dejado de ser un poder efectivo en la vida del hombre.

## CAPÍTULO V

### LO BALDÍO DE NUESTRA EXISTENCIA

En los capítulos anteriores he tenido oportunidad de discutir varios objetivos para cuya consecución sería de esperar que el ser humano usara del poder de elección que le pertenece por derecho propio. El primer objetivo es *ser*. La proposición fundamental de Gurdjieff es que el hombre no es hombre mientras no se haya hecho tal. Es un animal pensante que tiene la posibilidad de transformarse en hombre. Es un esclavo con bastante poder de elección para que pueda alcanzar, si lo ejercita, la verdadera libertad. El hombre debería ser un individuo libre e independiente. Si logra ver el contraste entre lo que es y lo que podría ser, es probable que comience a experimentar el hambre de ser, y derive de ella por lo menos un propósito permanente y estable. Para los hombres y mujeres contemporáneos, casi sin excepción, no existe semejante propósito y ni siquiera se sospecha su posibilidad. El hombre vive tal como es, y muere tal como es, con vagos temores y vagas esperanzas, pero sin ningún propósito claro y sin experimentar la necesidad de auto-creación en el sentido de ser.

Si bien el propósito de crear el propio ser podría considerarse egoísta, y por lo tanto poco digno de ocupar una situación preponderante en nuestra vida, no puede decirse lo mismo de la obligación de preparar a las generaciones venideras para una existencia decorosa. He tratado de demostrar que aun cuando en la mayoría de los padres y maestros existe el deseo

de cumplir con esta obligación, carecen de la comprensión de lo que ella involucra y del poder de llevarla a cabo. Se descuida todo lo esencial para lograr una vida adulta decorosa, o se persigue con tal ignorancia e incomprensión que los resultados son completamente opuestos a los que se esperaban. La incapacidad general para la tarea de preparar a los niños para la madurez se pierde de vista en la siempre creciente complejidad de los sistemas educativos, que se dirigen, por cierto, casi exclusivamente a la enseñanza de cosas inútiles para la vida práctica pero que consiguen, sin embargo, ocultar a la gente la magnitud de su fracaso. Solamente cuando se producen desastres indiscutibles, los padres se ven presa del remordimiento por el daño que han causado a sus hijos. Pero lo más corriente es que este daño pase inadvertido y que los padres se enorgullecen de los sacrificios que han hecho para dar a sus niños una "buena educación".

La obtención de un conocimiento válido sobre el hombre, el universo y las relaciones entre el hombre y el universo, constituye una finalidad legítima y noble, y algo que en distintas épocas muchos hombres persiguieron con ardor. El propósito de tener una ciencia verdaderamente objetiva ha desaparecido casi del todo en los tiempos modernos, principalmente a causa de nuestra preocupación por el estudio de los detalles aislados y nuestra tendencia a apreciar los resultados en función de triunfos accidentales en el campo de la tecnología. El hombre ha perdido casi todo interés por las ramas del conocimiento que son decisivas para su propio bienestar; es decir, el conocimiento de lo que es, el propósito para el cual fué creado y los medios que debería emplear para realizar su destino. El deseo de hallar una respuesta al interrogante que dió el título a este libro, "¿Para qué vivimos?", puede surgir de vez en cuando en la mente de algunas personas; pero son muy contados aquellos para quienes esta apremiante pregunta exige ser contestada.

Habrán quienes digan que esta es una pregunta cuya res-

puesta no puede darse por medio del conocimiento sino por medio de la fe; que la religión ya ha contestado a esta pregunta: servir a Dios y cumplir Su voluntad. Es la adoración y la santificación a través de la adoración misma. Mucha gente afirma que es justamente la falta de tal objetivo en la vida de la gran mayoría, lo que tiene a la humanidad en la peligrosa situación en que se encuentra. En el capítulo anterior he tratado de demostrar que no es poca la responsabilidad que de esta situación le cabe a todos los que con sus pueriles obras imaginativas han desfigurado y diluido las exigencias claramente registradas en las enseñanzas de los grandes Fundadores religiosos. Una religión nominal, o una religión que se sigue a regañadientes, no es religión de ninguna especie.

Dejando de lado los objetivos de carácter general, podemos también pensar en propósitos determinados a los cuales podrían los hombres dedicar sus esfuerzos de todo corazón y sin egoísmo alguno; uno de estos objetivos es la abolición de la guerra, y en realidad hay actualmente muchas personas que trabajan en este sentido con ardor y devoción, por sí solas o mediante diversos organismos creados con tal fin.

Que un hecho tan aborrecido por cualquier persona juiciosa y cuyos resultados inmediatos son tan desastrosos para los pueblos que los sufren siga sin que nada lo contrarreste, es un misterio que no puede explicarse en términos ordinarios. Nuestra impotencia para detener los conflictos armados (ya sea guerras, guerras civiles o revoluciones), tan manifiesta hoy como en cualquier período de la historia humana, debe juzgarse como la prueba más convincente de nuestra ignorancia acerca de las fuerzas actuantes que determinan el destino de la humanidad. Si una de cada diez personas de los países que, en el curso de nuestra vida, han experimentado los horrores de la guerra dedicase a la tarea de evitar una nueva guerra toda la energía que las otras nueve gastan en satisfacer sus vanidades y caprichos, la historia de la humanidad cambiaría. Si aquellos condenados a perecer miserablemente en la pró-



xima guerra pudiesen vislumbrar el futuro y darse cuenta de que mediante sus esfuerzos pueden evitar la guerra, quizá sentirían la urgencia de emprender la tarea. Pero nadie ve la realidad, y el propósito de impedir las guerras sigue siendo el pasatiempo de unos cuantos maniáticos y entusiastas.

Si todos estos grandes objetivos desempeñan un papel tan insignificante en la vida humana, ¿cuáles son los motivos dominantes en la vida del hombre o la mujer corrientes? Antes que nada ocupan la mayor parte del día con las necesidades simples de su cuerpo animal: comen y beben, y hacen el trabajo necesario para procurarse el alimento, el vestido y el techo. Por lo que concierne a esta parte de sus vidas, los hombres y mujeres no se diferencian gran cosa de los animales a menos que introduzcan un valor adicional en términos de una experiencia superior, o del desarrollo de su ser interior, cosa que los animales no pueden tener. Los animales buscan su alimento y lo comen; se reproducen y cuidan de sus hijos, descansan en el sueño y cumplen con la totalidad de las funciones necesarias para servir el proceso de la transformación de la substancia que, según la enseñanza de Gurdjieff, es la finalidad del segundo modo fundamental de ser. Asimismo el hombre come y es comido, y al hacer esto sirve el mismo propósito general, como cualquier otro animal. No puede escapar de este propósito, y en general, es poca la diferencia en la proporción de tiempo y energía que le dedica, ya se trate de uno de los que llamamos salvajes primitivos o de un hombre civilizado, ya sea asiático, europeo o americano.

Hay dos medios por los cuales el hombre puede trazar la línea que lo distinga de un simple animal. La primera es la manera como realiza sus funciones animales; la segunda es el uso que hace del tiempo y de la energía que tiene a su disposición una vez cumplidas sus funciones animales. Compararemos, primero, la manera como se cumple con las funciones esencialmente animales. Estas pueden tener lugar en la soledad, pero lo corriente es que se hagan en el seno de la fa-

milia. ¿Cómo puede compararse la familia humana con la familia de los animales? Nadie puede negar que los seres humanos tienen la posibilidad de superar en mucho la existencia animal. Pero ¿hasta qué punto se realizan estas posibilidades? Casi sin excepción, en la vida de los animales, ya se trate de parejas permanentes o de un apareamiento temporal, hay una armonía y unidad de propósitos que, a pesar de ser limitados, casi siempre se completan. Sin escatimar esfuerzos, los mamíferos y las aves dedican la mayor parte de su energía durante la temporada de celo a la pesada tarea de preparar la llegada de la próxima generación. Todos los gorjeos, todas las disputas, toda la gentileza y toda la brusquedad que se puede observar, sirven algún propósito biológico. En las familias humanas, especialmente las de los pueblos "civilizados", muchos rasgos indignos, ausentes o casi ausentes en la vida animal, tienden a destruir la armonía y a frustrar el propósito de la vida familiar. Los celos, la envidia, la parcialidad, la sospecha, el ansia de propiedad y de dominio, la pereza, la evasión de la responsabilidad y todas las demás manifestaciones del egoísmo entran en las relaciones humanas en diversos grados, sin exceptuar las relaciones determinadas por la sangre. Todo lo que es más digno de admiración en la vida de la familia, como el sacrificio desinteresado aun con peligro de muerte, ¿no está también presente en los mamíferos, las aves y aun los peces?

*"El reyezuelo, la más diminuta de las aves, defenderá de la lechuza a los pichones de su nido."*

Todas estas cosas se han dicho tan a menudo y con tanta propiedad que han conseguido que el hombre utilice su facultad característica de dejar de sentir, y aun de ver, todo lo que no encuadre dentro de la propia estimación de sí mismo. Bástenos dejar establecido que a menos que la familia humana esté unida por algún propósito más elevado que el de

servir los fines de la mera existencia animal, no puede reclamar para sí un valor superior al de los otros animales.

Si volvemos nuestra atención a la forma como obtenemos lo necesario para la existencia, como el alimento, la ropa y la casa, debemos establecer una diferencia entre su ejecución como simple necesidad y su utilización como medio de auto-expresión y de auto-creación. Y justamente reside ahí la mayor condena del mundo moderno. Para la mayoría de la gente, tanto hombres como mujeres, su trabajo cotidiano no es ni lo uno ni lo otro. Lo hacen a regañadientes o mecánicamente, obligados por la necesidad y el hábito automático. En los pocos que no están obligados por la necesidad, los motivos que los impulsan a trabajar son aún menos dignos de alabanza. La ambición personal, el ansia de dominio o los medios necesarios para satisfacer los distintos apetitos, desempeñan el papel principal. Y aun cuando estos motivos no estén visiblemente presentes, existe en los tiempos modernos la tendencia a valorizar una ocupación por la ocupación misma, como un medio de sofocar el pensamiento y especialmente de sofocar la pregunta que surge de algo muy profundo y muy real en todo ser humano. *“¿Para qué estoy viviendo y cuál es el propósito de mi existencia?”* En estas cosas nuestra capacidad para engañarnos es asombrosa. Hombres y mujeres de singular talento, que poseen la suficiente comprensión de los propósitos a cuyo servicio podrían usar su inteligencia, llegan a convencerse de que al montar grandes organizaciones, al multiplicar los medios de producir riquezas materiales o al planificar y dirigir la vida de millones de seres humanos, cumplen una labor útil. Si se les demuestra que toda su actividad no sirve en absoluto para disminuir la suma de los sufrimientos humanos, ni para evitar el desastre de la guerra, o más específicamente, llevar la vida humana a un grado más alto de experiencia y comprensión, se indignan o hacen desalentadas protestas de que no pueden hacer nada mejor. Entre tanto la mecanización general del trabajo humano sigue acelerándose.

La alegría desaparece de las tareas cotidianas, siendo reemplazada por una apatía creciente y una indiferencia tal, que nadie que viaje por los países industriales del mundo puede dejar de percibirla. Exceptuando unas cuantas pequeñas comunidades, cuya vida debería recordar al resto del mundo el valor de lo que ha perdido, el trabajo como acto de adoración es un concepto olvidado o que se ridiculiza.

Finalmente, llegamos a la forma como se disfruta (así dicen) de las horas libres (así las llaman). En esto podríamos tener la esperanza de hallar el verdadero significado que corresponde a la orgullosa palabra “Hombre”. Habiendo cumplido con las obligaciones impuestas por nuestra naturaleza animal, quedamos libres para manifestar la gloria de nuestra naturaleza humana. Me faltan casi ánimos para seguir escribiendo, pues el lector debe de estar ya tan enterado como yo de la lamentable historia a relatar. Las horas libres deberían servir, al menos, como oportunidad para la auto-expresión creadora. En realidad deberían servir aún para más; deberían servir como medio por el cual el hombre emprendiese la tarea más noble que está al alcance de sus manos: la creación de su propio ser y el pago de la deuda que tiene contraída con el Universo, a fin de llegar a ser capaz de cumplir las esperanzas de su Creador y participar activamente en la realización del Propósito Divino.

¿Qué hace el hombre en sus horas libres? Deja el trabajo para volver a su hogar, a menudo para pelearse con su familia; otras veces echa a perder a sus hijos con su excesiva indulgencia, o quizá pase la noche en un estado pasivo semi-consciente, escuchando la radio, o bebiendo y compartiendo comentarios en algún café. Si sale de su casa, lo hace únicamente los domingos, y se mantiene igualmente en estado pasivo mientras presencia algún partido de fútbol, o experimenta alguna excitación al jugar en las carreras de caballos. Su mujer tiene, de todos modos, tan pocas horas libres que sería injusto preguntarle qué hace con ellas. Y si pensamos en las mujeres que

tienen más dinero y gozan de más tiempo libre, las vemos, por lo general, bebiendo con insensatez, o deleitándose en promiscuas aventuras sexuales apenas más decentes que las de los antiguos romanos. Cuando mucho hablan de cosas que no entienden: discuten la comedia que vieron en el teatro (que en muchos casos no merece ser discutida), el libro que acaban de leer (que tampoco valía la pena leer). Y todos están de acuerdo, sin diferencia de clases, en un punto, en la gran invención moderna para "matar" el tiempo, el cinematógrafo.

Naturalmente, existen reacciones contra esta pasividad desdichada. Algunos aprovechan su tiempo para estudiar; otros emplean sus horas libres trabajando en alguna organización dedicada a una buena causa. Pero en esas mismas reacciones se revela toda la tragedia de la situación, pues aun los que están insatisfechos por la falta de sentido de su vida, no encuentran nada que hacer en un sentido verdaderamente creador para beneficio de sí mismos ni para mejorar la condición en que vive el hombre. Sin embargo, la excelencia de sus intenciones, el ardor con que persiguen sus supuestos propósitos benéficos, sólo sirven para demostrar que en el hombre existe realmente algo que aspira a servir un propósito más elevado que el de la mera existencia animal. También sirve para demostrar que hemos perdido la comprensión de cómo debe hacerse.

## CAPÍTULO VI

### ¿QUÉ APROVECHARÁ AL HOMBRE?

En el Evangelio según San Marcos se dice que cuando Jesús reunió a la gente y a sus discípulos, les enseñó en forma explícita que a fin de poder vivir es necesario morir, y que quien no quisiere morir no podía tener la esperanza de vivir. Y luego hizo la pregunta que sigue todavía en pie como un desafío supremo al hombre: "Porque ¿qué aprovechará al hombre si granjeare todo el mundo, y pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?"

Para los que niegan o dudan de que estas palabras las pronunció un Individuo Sagrado enviado por Dios con la misión de abrir de nuevo el camino de la salvación para la humanidad, tales expresiones no tienen más peso que cualquier otra exhortación moral. Pueden interpretarlos como mejor les convinieren. Mas, los que creen que Jesús fué realmente un Maestro inspirado por la divinidad, tienen la obligación de considerar seriamente y buscar el significado de una declaración hecha en términos tan claros e inequívocos. Toda negativa a aceptar estas declaraciones literalmente, al no poder hacerlas encuadrar en algunas de las teorías preconcebidas sobre la naturaleza de la realidad, puede conducir a errores desastrosos.

En el pasaje citado, los conceptos de *pérdida* y de *ganancia* son antitéticos y se refieren de una manera precisa e inequívoca al alma. El alma es algo que tanto se puede ganar como perder. No es una posesión inalienable, sino algo por lo cual

hay que pagar un precio (*ἀνταλλαγή*) con lo que esto implica: "Si no hay pago, no hay alma."

Ahora bien, este concepto del alma es contrario a aquel casi universalizado en el pensamiento griego en la época en que los pensadores de Grecia comenzaron a proveer el material con que posteriormente se elaboró la teología cristiana. La doctrina griega de la inmortalidad del alma comenzó a adoptarse a pesar de la evidencia que ofrecía la más auténtica *logia* de Jesús, que la indicaba como contraria a su sólida enseñanza. De esta deformación inexcusable surgieron doctrinas que consideraban el alma eterna, y su existencia asegurada en todas las circunstancias, y en consecuencia sujeta a una recompensa o castigo eternos si la calidad de las acciones realizadas durante la vida alcanzaban o no cierto grado de mérito. Una de las causas principales de la decadencia de la fe cristiana reside en lo absurdo de esta doctrina, a saber, que toda alma debe de caer en una de las dos categorías: la de la salvación eterna o la de la condenación eterna. La decadencia de la fe cristiana se debe por completo al fracaso de los primeros sistematizadores de la enseñanza de esta religión, quienes no entendieron, pasmados por el prestigio de la filosofía griega, el sentido de lo que estaba claramente escrito en pasajes que sólo podían considerarse como una transcripción auténtica de las palabras del Fundador.

Para Jesús, el alma era algo que se podía ganar o perder; y para ganar el alma era necesario pagar el precio, a saber, relegar todos los otros valores a una condición inferior. Ya me he referido al pasaje que se repite cinco veces en el Evangelio: "Porque a cualquiera que tuviera le será dado y tendrá más; y el que no tuviere aun lo que tiene le será quitado." No puedo dudar de que esto significa: "A quien haya pagado el precio y en esa forma haya ganado esa alma, a él le será dada la vida eterna. A aquel que haya perdido su alma le será quitada aún la vida temporal que tiene."

Me he acercado al tema del destino humano en esta forma

porque siempre que he hablado o dictado conferencias sobre este asunto, he encontrado una violenta oposición a la idea de que el hombre tiene que crear su propia alma mediante sus propios esfuerzos, y que hasta que no lo haya hecho así, carece en absoluto de alma. Me ha sorprendido siempre oír con qué vehemencia la gente insiste en que debe de tener un alma que haya nacido con ellos y que no puede morir. Si en realidad tuviesen un alma con tales atributos, sería una posesión tan preciosa que la única preocupación de esa gente debería ser cuidarla. Pero los que insisten tanto en que tienen un alma inmortal, son los que generalmente se pasan la vida sin preocuparse de sus necesidades ni de los medios por los cuales pueden asegurar el eterno bienestar de su alma. Escasa es la diferencia de conducta que se puede advertir entre los que creen en la existencia del alma y los que la niegan, juzgándola como una superstición anticuada. El dicho de los escépticos: "Muéstrame tu alma y dime lo que es", no puede ser contestado por el hombre en quien no hay nada de permanente en que poder confiar, para el que no puede dominar sus acciones y que al vivir acribillado por contradicciones internas es incapaz de proporcionar la menor indicación de su experiencia interior o de su conducta exterior sin explicarlas en referencia con el cuerpo físico y sus funciones.

El castigo de los grandes errores suele ser terrible, especialmente cuando lo que aparece como la incapacidad de comprender se basa realmente en motivos viles. La creencia de que todo hombre posee un alma inmortal, automáticamente y sin esfuerzo, surgió junto con la falacia megalantrópica acerca de la cual escribí en el libro *La Crisis en los Asuntos Humanos*. La tendencia a creer en el valor infinito del ser humano condujo naturalmente a conferirle un atributo que parecía elevarlo por encima del plano ordinario de la existencia mortal. Así fué como en los primeros tiempos del desarrollo del pensamiento cristiano surgieron juntas las doctrinas de la inmortalidad del alma y del valor infinito del individuo humano. Ninguna de

estas doctrinas se halla justificada por los hechos que se revelan a través de la experiencia humana, ni tampoco las sanciona la enseñanza que impartió el Fundador del cristianismo. Me he limitado en esta discusión a la enseñanza cristiana, aunque vale la pena recordar que Gotama Buda negó la existencia del alma en el hombre y que desde los comienzos hizo de esta doctrina parte integrante de su enseñanza.

La enseñanza de Gurdjieff con respecto al alma es clara y explícita. Según él, el alma es la consecuencia de las acciones realizadas durante la vida. Si las acciones de un hombre carecen de propósito y de plan determinado, si son rompecabezas inconsistentes y contradictorios que se anulan los unos a los otros, y si consisten exclusivamente o casi exclusivamente en automatismos puramente animales, no se produce ningún alma. Un hombre de esta categoría vive como un animal y como animal perece y queda destruido para siempre. En tanto un hombre conciba y mantenga ante sí un propósito, en tanto luche por alcanzar la realización de este propósito, los resultados de sus acciones cristalizarán en tal forma que producirán algo independiente del cuerpo físico. Este "algo" es su alma, y su grado de plenitud y perfección depende de la calidad de su propósito y de la intensidad de los esfuerzos que haya hecho por alcanzarlo.

Al usar las palabras "plenitud" y "perfección", no he mencionado una distinción que representa un gran papel en las ideas de Gurdjieff. Se trata de la división del alma en dos partes, adquiridas sucesivamente, y que corresponden a dos etapas muy distintas del desarrollo interior.

Es muy antigua la tradición de que el hombre está compuesto, o que debería estarlo, de tres partes. Se expresa en las palabras "cuerpo, alma y espíritu", pese a que se atribuyó a estas palabras un significado que dista mucho de la realidad. San Pablo usa rara vez la palabra alma, excepto en sentido familiar, cuando quiere expresar una persona, como en el pasaje: "dejad que cada alma esté sujeta a los poderes de lo alto".

Se refiere en cambio a diferentes cuerpos, especialmente al cuerpo de la Resurrección. Utiliza los términos carnal, natural, espiritual, y afirma que el cuerpo natural es anterior al espiritual. En realidad no concibe el cuerpo espiritual, o sea el cuerpo de la Resurrección, como algo natural e inevitablemente presente en el hombre, sino como recompensa de una fe poderosa y de acciones justas. Está reservado exclusivamente a los pocos que van a participar en la Resurrección.

Me he referido a la tradición cristiana, pues las doctrinas orientales que conciben los cuerpos superiores como vehículos para las funciones más elevadas del hombre, merecen escasa atención. Debido a la aceptación indiscriminada del concepto griego de la indestructibilidad del alma (vale la pena indicar que los filósofos griegos tenían serias dudas sobre este concepto), los intérpretes occidentales de la literatura oriental dan por sentado, sin que nada lo justifique, que estos cuerpos superiores existen naturalmente en el hombre en la misma forma en que existe su cuerpo físico, con la diferencia de que están constituidos por materias más sutiles, que los eximen en diversos grados de la decadencia y disolución, que es el fin inevitable del cuerpo físico. Todas estas ideas son engañosas y peligrosas, porque conducen a un proceso de auto-engaño al dar color al pensamiento consolador de que si uno ya posee algo inmortal, sólo debe preocuparse de no causarle un daño irreparable, y todo marchará bien.

Si tomamos en cuenta la forma precisa e inequívoca que caracteriza las parábolas que se recuerdan de Jesús, veremos que toda la situación queda en claro en la parábola del hombre que acudió al banquete sin la ropa adecuada para las bodas. La ropa para las bodas es algo que el hombre no posee por naturaleza, algo que debía haberse molestado en preparar y sin lo cual le era imposible participar en la fiesta, aunque lo hubieran invitado. El cuerpo superior del hombre, su alma inmortal, es algo que no posee por naturaleza; es algo que él mismo tiene que crear mediante el esfuerzo consciente y el

sufrimiento intencional, y sin lo cual no puede participar en los propósitos para los cuales fué destinado por su Creador.

Comencé este capítulo discutiendo el alma porque me parece la forma más sencilla de expresar lo que Gurdjieff quiere decir cuando habla del hombre como un ser auto-creador. A fin de hacer su posición más inteligible debo ahora referirme a dos nuevos elementos importantes de su enseñanza. El primero se refiere a la naturaleza del hombre y a la razón por la cual puede realizar cosas que le están vedadas a un animal. El segundo es dar respuesta a la inevitable pregunta: ¿Por qué siéndole posible al hombre alcanzar cosas tan maravillosas, son tan contados los que las alcanzan y tan numerosos los que ni siquiera se dan cuenta de que ellas existen?

En el capítulo sobre "Educación" declaré que Gurdjieff concibe al hombre como un ser tricerebral, capaz de tres modalidades independientes de experiencia: puede experimentar por medio del pensamiento, del sentimiento y de los sentidos. Los animales son seres bicerebrales o monocerebrales; es decir que pueden actuar por medio de los sentidos o por medio de los sentimientos y de los sentidos, siéndoles imposible realizar las tres funciones de los sentidos, del sentimiento y del pensamiento, que son privativas del hombre. Aunque a través de su parte pensante es como el hombre adquiere la posibilidad que le ha sido negada a los animales, sus partes sensorias y emocionales son igualmente esenciales para el proceso de la auto-creación. Si el hombre elimina su capacidad de experiencia de las partes emocionales y sensorias, e identifica su propia existencia únicamente con lo que en él piensa, no sólo se desequilibra sino que pierde contacto con procesos que, sin que él lo advierta, ejercen una influencia decisiva sobre la totalidad de su conducta. Puede decirse que el hombre tiene tres personalidades: con una de ellas experimenta emociones, con la otra piensa y con la tercera percibe por medio de los sentidos. En vez de tratar estas dos personalidades subconscientes como fuente de disturbios en el funcionamiento del cerebro pensante,

te, Gurdjieff nos enseña que deben desarrollarse y llevarse a la conciencia, ya que contienen ciertos poderes y pueden realizar ciertas funciones que están más allá de la capacidad del cerebro pensante. En particular, atribuye al cerebro emocional la importantísima función de la conciencia, es decir, el poder de un juicio imparcial de sí mismo. El cerebro pensante hace inevitablemente sus juicios en función de asociaciones preexistentes y de comparaciones cuyas normas se conciben de un modo abstracto. Esto conduce a la noción falsa del bien y del mal externos, que puede expresarse mediante fórmulas y reglas. El único guía esencial y digno de confianza lo constituye la conciencia que, en el hombre común y debido generalmente a una educación defectuosa, yace profundamente enterrada en los procesos subconscientes de su cerebro emocional. Es un guía digno de confianza por la sencilla razón de que surge de una fuente más profunda que el hombre mismo; en sus enseñanzas Gurdjieff llama a esta función el REPRESENTANTE DEL CREADOR.

El remordimiento es la única experiencia de conciencia que conoce el hombre común, experiencia que debería inducirlo a realizar grandes esfuerzos para llegar a "ser". Uno de los objetivos principales del trabajo sobre sí mismo, es justamente el de despertar esta conciencia y poder así adquirir la capacidad de un juicio imparcial y objetivo.

El trabajo que se emprende con la finalidad de la auto-creación no sólo produce resultados en la vida interior del hombre sino, y aun en mayor grado, en la transformación de las relaciones humanas. Aquellos que han entendido la necesidad de realizar este trabajo reconocen y respetan en los demás la presencia de una comprensión similar. La valorización mutua de la gente se transfiere de lo externo y de las frecuentes manifestaciones accidentales a la apreciación de la claridad y fuerza del deseo interior de *llegar a ser lo que uno debe ser*.

Este concepto se ilustra con particular fuerza y vida en la actitud de Gurdjieff hacia las causas de la guerra y los medios

para evitarla. Dije en el primer capítulo que Gurdjieff considera la guerra como la consecuencia de dos factores independientes, el primero de los cuales es la aparición periódica de un estado de tensión en que la gente se siente presa de un sentimiento de descontento con la propia esclavitud. Ahora bien, pueden producirse dos reacciones contrarias a este sentimiento. En el hombre que comprende que las causas de su esclavitud residen en su propia falta de ser, tiene como efecto estimularlo a mayores y más persistentes esfuerzos de auto-perfeccionamiento. El ritmo de este trabajo es acelerado, y en tales períodos existe la posibilidad de producir grandes cambios en el destino de la humanidad. Sin embargo, esto únicamente puede ocurrir si la comprensión del hecho se ha extendido lo suficiente y si el número de personas que responden a sus sentimientos de disconformidad de una manera positiva es bastante grande. Si, por el contrario, se conciben las causas de descontento en términos externos, la gente traduce su experiencia en impulsos de cólera o temor. La tensión y la incompreensión aumentan y el impulso que conduce hacia la destrucción se presenta como necesario para defenderse de la amenaza de un peligro o para recobrar una libertad injustamente negada por otros. Entonces se vuelven inevitables las revoluciones y las guerras civiles, o las guerras entre diferentes naciones. En los individuos se manifiesta el mismo proceso por un aumento de los casos de locura, del número de suicidios y divorcios y en la difusión de vicios antinaturales.

Cuando la situación de los seres humanos se observa desde este punto de vista, surgen varias preguntas que son, en realidad, una sola. Antes que nada debemos preguntarnos: ¿por qué si este proceso de auto-creación es tan directo, siendo sus frutos superiores a todo cuanto puede ofrecer la vida ordinaria, la gente no ha podido reconocerlo o aceptarlo, ni tampoco vivir de acuerdo a él, aunque se le haya enseñado el camino? También podemos preguntarnos: si la causa de la guerra estriba en que la gente no responde a sus sentimientos de descontento

mediante intensos esfuerzos interiores, ¿por qué estas causas nos parecen las manifestaciones de gente malintencionada que trata de conquistar el poder para sus propios fines? Sobre todo, ¿por qué ocurrirá que la gente que puede hacer esfuerzos grandes y persistentes en pos de algún objetivo visible es incapaz de hacer ningún esfuerzo para lograr su propio bienestar y el de sus semejantes? ¿Por qué no impresiona a la mayoría de la gente o la deja indiferente aquella proposición cristiana: qué aprovechará al hombre si granjeare todo el mundo y perdiere su alma?

La respuesta que da Gurdjieff a esta última pregunta es tan fundamental, que sólo se la puede entender por medio de un persistente y cuidadoso estudio de sus escritos. En cierto sentido es la reconstrucción de la doctrina del pecado original, pero a la vez es una declaración nueva que elimina de esta doctrina las objeciones que hasta la fecha la hicieron tan difícil de aceptar y de entender. El hombre padece una tendencia hacia la ilusión y el engaño de sí mismo por la cual no se le puede culpar a menos que fracase en su lucha contra ella. Es un mal hereditario, le fué transmitido al hombre por sus remotos antepasados. Su origen se remonta, en realidad, a la época en que ocurrió la gran transformación en la naturaleza humana, durante el período en que comenzaron a surgir las razas modernas derivadas del hombre primitivo que aun existía en la última Edad de Hielo. Aquellas razas primitivas, de las que el hombre de Neanderthal puede tomarse como tipo, eran seres tricerrebrales y como tales diferían en su naturaleza esencial de los animales que sólo tenían uno o dos cerebros. Fueron capaces de seguir existiendo y de sobrevivir a los terribles cambios de clima y otros peligros del mundo primitivo, porque su cerebro pensante les dió un poder de adaptación que no poseía ningún otro animal. De acuerdo a las concepciones cosmológicas de Gurdjieff existían razones específicas relacionadas con la economía del sistema solar, y en particular con las relaciones entre la tierra y la luna, que hicieron necesario durante

un prolongado período que el cerebro humano se utilizase sólo para servir los propósitos de una existencia animal. En un momento dado desapareció esta necesidad cósmica, y desde entonces el hombre pudo asumir el papel que le correspondía en la economía cósmica, la de un ser que siendo capaz de auto-creación podía librarse de su propia naturaleza animal. Esta transformación no ocurrió mediante un proceso de ciega adaptación (doscientos mil años de existencia estática indican que esto era imposible) sino mediante la intervención consciente de ciertos niveles superiores a los del hombre. Gurdjieff lo describe como un fenómeno mediante el cual cierto órgano, presente en los antepasados remotos del hombre, fué eliminado, debiéndose a esta eliminación el que el hombre pudiese gozar del poder de elección y de la capacidad necesaria para comprender su propia naturaleza y su verdadero destino. Con la eliminación de este órgano surgieron los precursores de las razas modernas, cuyos restos óseos prueban que sus características físicas (sobre todo su capacidad craneal) poseían un nivel similar a las del hombre moderno. Las investigaciones prehistóricas tienden a demostrar que esta transformación tuvo lugar durante el transcurso de unos cuantos miles de años, tiempo extremadamente breve si se lo compara con el inmenso período de existencia estacionaria que lo precedió. Repentinamente aparecieron sobre la faz de la tierra razas de hombres altos y rubios, razas de hombres bajos y morenos, razas negroides, todas dotadas de grandes cerebros y cuya inteligencia y habilidades nos causan admiración a medida que sus obras van saliendo a la luz. El arte paleolítico, de acuerdo a las pinturas halladas en las cavernas, especialmente en las de Altamira y Lascaux, tiene caracteres realistas y de un sentimiento tan profundo que casi no ha sido igualado por ningún otro período posterior. Aquellos hombres también han de haber realizado los milagros de la domesticación de los animales y la creación del lenguaje. Fueron ellos quienes echaron los cimientos del mundo moderno.

Si la transformación de *Homo Neanderthalensis* a *Homo*

*sapiens* hubiese sido tan completa interiormente como lo ha sido en sus manifestaciones externas, toda la historia del mundo hubiera sido diferente. De acuerdo con las investigaciones hechas por Gurdjieff, y que forman parte de su sistema, esta transformación tuvo un defecto vital: desapareció efectivamente del cuerpo humano aquel órgano que evitaba que el hombre primitivo fuese algo más que un animal pensante; pero la modalidad de conducta que se desarrolló durante innumerables generaciones, mientras el órgano estaba funcionando, se convirtió en un rasgo hereditario del cual las razas recién liberadas de dicho órgano sólo podían haberse librado mediante un esfuerzo consciente. No se realizó ese esfuerzo, o por lo menos, no se hizo con éxito. Por lo tanto, las generaciones subsiguientes quedaron convertidas en esclavas de la tendencia a conceder una importancia indebida a la vida animal, y a ignorar la nueva herencia que entraba a ser suya. No siendo ya un animal pensante por necesidad, el hombre comenzó a desarrollar un mecanismo de auto-justificación, mediante el cual podía utilizar los nuevos poderes para los propósitos más indignos sin sentir ningún remordimiento de conciencia. Así comenzó y desde entonces ha continuado una situación desastrosa en que el hombre no ha podido satisfacer las esperanzas para las cuales fué creado. "Engruesa el corazón de aqueste pueblo, y agrava sus oídos y cierra sus ojos; porque no vea con sus ojos ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta ni haya para él sanidad."

Si el hombre, abandonado a sus propios recursos, hubiera permanecido en esta desdichada condición, la humanidad habría vuelto al salvajismo anterior, desapareciendo toda posibilidad de cumplir el destino para el que fué creado. Por voluntad del Siempre Justo y Siempre Misericordioso Creador, Individuos Sagrados han encarnado en forma humana en distintas épocas, con el fin de mostrar a la humanidad, si ello es posible, un camino de salvación. Esto no ha ocurrido una vez sino muchas veces, y en cada ocasión un concepto fundamentalmente distinto



ha servido como base de su enseñanza. De acuerdo con una tradición muy antigua, que Gurdjieff aprueba, hubo un período en que esta tarea de salvación estuvo a punto de verse coronada por el éxito, cuando durante cierto tiempo la mayor parte del mundo vivió en la comprensión de que el hombre debe buscar su propia conciencia y tratar de vivir conforme a ella. Esta fué la legendaria Edad de Oro sobre la cual no queda ninguna indicación, salvo algunos rumores significativos, porque se encuentran en las tradiciones de todas las razas del mundo. Se representa a los Individuos Sagrados como a seres movidos por una compasión infinita, pero por el mero hecho de tomar una forma humana, ellos mismos no estaban libres de la posibilidad de cometer errores. No obstante, sólo por los esfuerzos de estos hombres ha sido posible mantener la puerta abierta para que la humanidad vuelva a un destino más elevado, del que surgirán individuos auto-perfeccionados, y capaces, a su vez, de servir los propósitos del Creador.

Toda la enseñanza de Gurdjieff sobre este punto es tan importante y tan significativa que, en mi opinión, aporta un elemento indispensable sin el cual no es posible una interpretación adecuada de la situación humana.

Para concluir, quizá fuese conveniente hacer una breve referencia al concepto de eternidad, al que yo mismo llegué partiendo de consideraciones esencialmente físicas. En primera instancia se basa en un examen del carácter del proceso temporal y de la validez aparentemente universal de las dos leyes conocidas por el nombre de leyes termodinámicas. La observación de que todo lo que existe en el tiempo está sometido a la exigencia de la regulación permanente y exacta de la masa de energía presente en el universo, y ocurriendo aproximadamente lo mismo en cualquier sistema cerrado, nos conduce a aceptar un determinismo mecanicista del cual toda posibilidad de libre albedrío está excluida. La otra observación, también inevitable, es que todo cuanto existe en el tiempo está inevitablemente sujeto a un proceso de disolución y desintegración

finales; y aunque este proceso es reversible en teoría, son tan escasas las probabilidades de que ello ocurra, que a los colores del cuadro mecanicista se les puede agregar un nuevo matiz de desesperanza. Todo cuanto ocurre, no solamente tiene que ocurrir, sino que tiene que ocurrir de tal modo que también deben desaparecer las diferenciaciones que constituyen lo único por lo cual es posible atribuir un significado a la existencia. No he podido evitar llegar a esta conclusión, salvo en el supuesto de una realidad más amplia en la que se pueda recuperar el grado de libertad necesaria. Semejante realidad puede hallarse sencillamente, y creo que también adecuadamente, cuando se concibe la eternidad como una quinta dimensión, en la cual pueden invertirse las operaciones de las leyes de la termodinámica.<sup>1</sup> Esto nos permite concebir distintos niveles de los cuales solamente el último está completamente determinado y enteramente sujeto a las leyes observadas de la termodinámica. Solamente este nivel nos es revelado por nuestras percepciones sensoriales, que nos proporcionan la totalidad de los datos para la ciencia natural. Tan sólo por medio de nuestra experiencia consciente podremos librarnos de los procesos deterministas; pero esto implica un acto de creación, por cuanto los vacíos que existen en la secuencia causal necesaria para la libertad pueden sólo llenarse creando algo que no está en ellos. Llevado a su conclusión lógica, este pensamiento nos induce a concebir en la eternidad un nivel del cual ha desaparecido la causalidad por completo, siendo reemplazada por una situación en la cual la actividad libre y creadora es la única ley.

Gurdjieff no introduce la palabra Eternidad en su exposición en el sentido preciso con que yo la he usado; pero su doctrina de los niveles del ser corresponde plenamente a la que puede formularse en función de la interpenetración de tiempo y eter-

<sup>1</sup> Se explica matemáticamente esta teoría en "Unified Field Theory in a Curvature Free Five-dimensional Manifold." J. G. Bennett, R. L. Brown y M. W. Thring. *Proc. Roy. Soc.*, Julio de 1949.

nidad. A menudo usa la expresión "Arriba", y pone en claro que esto quiere significar un reino del ser en que la libertad alcanza el mayor grado posible dentro de los límites del mundo creado. Los seres que pueden existir en este nivel son los Individuos Sagrados, cuya tarea es la de cumplir la más elevada de todas las funciones: redimir el universo de lo que, sin ellos, sería la inevitable consecuencia de su existencia en el tiempo. En la cima de todo coloca al Creador, infinitamente justo e infinitamente amante, pero de todos modos sujeto por las necesidades de su inescrutable propósito a mantener la inviolable operación de aquellas leyes que determinan la existencia del universo que Él ha creado.

Con la ayuda de estos conceptos podemos contestar a la pregunta: "¿Para qué vivimos?", en términos que satisfagan tanto nuestra mente como nuestros sentimientos. Existe un propósito cósmico que sólo pueden cumplirlo los seres libres. En cada uno de nosotros la semilla de la individualidad libre fué plantada desde Arriba. Tenemos que elegir entre la esclavitud a lo que está por debajo de nosotros o el servicio a lo que está por encima de nosotros. La esclavitud significa miseria, y aceptar la miseria significa la destrucción completa y final. La libertad no es sólo la mayor de las felicidades, sino que también es el único estado en que podemos servir a nuestros semejantes y cumplir así con el propósito para el cual fuimos creados. Pero la libertad tiene como precio el trabajo consciente y el sufrimiento intencional, o sea, una lucha constante contra nuestros propios defectos y debilidades, y el sacrificio de cualquier otro objetivo de menor cuantía. Si nos proponemos como fin conseguir una Individualidad Libre, no debemos olvidar las palabras de los Upanishad: "No puede hallarse el conocimiento del Yo ni por la descripción, ni por medio del pensamiento, ni por el mucho estudio. Para quien constituya el único y solo objetivo, solamente a éste le será revelada la verdadera naturaleza de su Yo. Quien no haya dejado de cometer malas acciones, quien no haya alcanzado la paz interior, quien no esté pre-

parado y cuya mente no goce la tranquilidad, no puede obtener el conocimiento del Yo. Tan sólo una enseñanza sabia y un esfuerzo bien dirigido podrá conducirlo a su logro. Si un hombre inferior imparte esta enseñanza, ningún esfuerzo mental podrá hacer que se la entienda. Tan sólo mediante la enseñanza apropiada se puede llegar a él, pues su sutileza trasciende las sutilezas del pensamiento."

Es inútil presentar al hombre objetivos elevados y grandes propósitos, si están más allá de sus poderes actuales, y si no se le indica al mismo tiempo la manera de obtener este conocimiento y la fortaleza que no tiene. Los méritos supremos de la enseñanza de Gurdjieff son, por un lado, la importancia que concede a la flaqueza humana, y por el otro, la dirección clara y fácil que ofrece en todas las etapas del camino hacia el cambio de la naturaleza humana, cuya necesidad he tratado de dejar establecida.

## POST SCRIPTUM

### ¿QUIÉN ES GURDJIEFF?

Los que se interesan por estas materias saben, desde hace mucho tiempo, que había llegado a Occidente un extraordinario maestro en la persona de un hombre reputado por haber obtenido acceso a ciertas fuentes de conocimiento anteriormente vedadas a otros exploradores occidentales. Como no se ha publicado nada auténtico acerca de la enseñanza de Gurdjieff, y es muy poco, en realidad, lo que de ella se conoce, él y su obra han dado lugar a muchos rumores y equivocaciones. Jamás ha prestado la mínima atención a estos rumores e incomprensión; ha seguido trabajando con un grupo reducido de discípulos permanentes y un círculo mayor de estudiantes, manteniendo con éstos un contacto personal algo intermitente y preparándolos para lo que repetidas veces declaró ser su objetivo fundamental: la publicación de sus descubrimientos para beneficio de la humanidad. Hace poco tiempo decidió que había llegado la hora de dar este paso decisivo, y los que hemos tenido la suerte de beneficiarnos con su enseñanza personal, debemos asumir la responsabilidad de asegurar, en cuanto sea posible, que la importancia que nosotros concedemos a esta enseñanza sea comprendida por aquellos a quienes muy pronto les será dirigida.

Gurdjieff ya ha cumplido los ochenta y tres años. Nadie que haya estado en contacto personal con él puede negar que se trata de un hombre que posee grandes conocimientos y poderes aun mayores. Su incansable disposición para socorrer

tanto en las necesidades físicas como en las espirituales a quienes buscan su ayuda, constituye una prueba suficiente del amor que siente por sus semejantes. Su fortaleza en los mayores dolores físicos y su indiferencia ante las condiciones exteriores de la vida, que a menudo y desde todos puntos de vista fueron para él muy dolorosas, son reveladoras de una fuerza interior que, en realidad, puede advertirse en todo lo que hace. Por el momento no necesito decir más.

Poco se ha publicado acerca de sus investigaciones y de los medios que le permitieron adquirir tan alto conocimiento, no sólo acerca de las posibilidades latentes en el hombre sino de los medios y métodos necesarios para su desarrollo. Nació en el Cáucaso, en el seno de una antigua familia griega que emigró hace más de cien años desde una de las antiguas colonias griegas del Asia Menor. Tuvo oportunidad desde su infancia de conocer a una serie de hombres extraordinarios, adquiriendo junto a ellos el convencimiento de que faltaba algo de vital importancia a las ideas corrientes en la ciencia y literatura europeas, sobre el hombre y el mundo que estaba destinado a estudiar. Se le educó con la intención de hacerle seguir la profesión de médico o sacerdote; pero descontento de las limitaciones de su educación, tanto médica como teológica, se lanzó a buscar por su propia cuenta.

Con un grupo de personas, la mayoría mucho mayores que él, viajó durante muchos años por distintos lugares de África, Asia y el Lejano Oriente, hasta llegar a puntos cuya existencia ni siquiera sospechan los exploradores experimentados. Sería poco apropiado que yo dijese a dónde fué y qué es lo que halló. Ha declarado tener la intención de dar a conocer estas cosas en la segunda serie de sus escritos; esta segunda serie estará sólo a nuestro alcance cuando se haya publicado la primera, cuya envergadura indica el título que le da: *Una Crítica Objetiva e Imparcial de la Vida del Hombre*.

La primera fase de la tarea de Gurdjieff quedó terminada en los primeros años de este siglo, cuando encontró el conociemien-

to que buscaba y decidió cómo hacer uso de él. La segunda fase abarca un período de más de cuarenta años, durante el cual ha estado experimentando y sometiendo a prueba los métodos por los cuales este conocimiento puede transmitirse en forma adecuada a las necesidades del mundo moderno. Yo lo conocí en 1921, en Constantinopla, cuando acababa de llegar del Cáucaso con un reducido grupo de sus discípulos inmediatos. Hizo demostraciones de sus métodos de trabajo por medio de ejercicios gimnásticos, movimientos rítmicos y danzas sagradas que, desde tiempo inmemorial, se han utilizado en ciertas comunidades asiáticas para ayudar al desarrollo armonioso de los poderes latentes en el hombre. Mi primer contacto con él y con sus ideas me convencieron de que estaba ante una fuerza nueva y viviente.

En 1922 fundó cerca de París su Instituto para el Desarrollo Armónico del Hombre, en el Château du Prieuré en Fontainebleau. Muchas personas, principalmente ingleses, visitaron este Instituto durante períodos de distinta duración en los años 1923 y 1924. En 1924 partió hacia los Estados Unidos para organizar una filial de su Instituto y hacer algunas demostraciones de los movimientos que constituyen una parte importante de su método de trabajo. A su regreso sufrió un terrible accidente automovilístico de cuyas consecuencias cualquier hombre normal hubiese muerto, y como esto lo obligó a interrumpir el trabajo del Instituto decidió, por esta y otras causas, abandonar el plan de transmitir sus ideas por medio de la enseñanza personal y de demostraciones en gran escala, y dedicarse en cambio a volcarlas en una serie de escritos; esta tarea lo ocupó hasta 1930, excluyendo toda otra actividad. Desde 1930 hasta comienzos de la última guerra, empleó su tiempo en escribir y en instruir a pequeños grupos de discípulos tanto en Francia como en Estados Unidos. Durante la reciente guerra permaneció en París y siguió trabajando en medio de grandes dificultades personales. Fué en 1948 cuando decidió que el tiempo era propicio para reanudar sus pla-

nes, y entonces comenzó a reunir en torno a él no sólo a sus discípulos inmediatos, sino también a todos los adictos a sus ideas que, como yo, habían estado luchando por comprender y llevar a la práctica estas enseñanzas sin el beneficio de su dirección personal.

Con esto comenzó la tercera fase del trabajo de Gurdjieff: llevar a cabo su plan original de poner sus ideas al alcance de todo el mundo.

Este breve bosquejo de la enseñanza y de la obra de Gurdjieff no quedaría completo si no hiciese alguna referencia a los extraordinarios rumores que lo rodearon. Se trata de un hombre que siente completa indiferencia por la opinión hostil o amistosa de la gente. No sólo esto; muy a menudo, y por razones que entonces eran incomprensibles aun para quienes estaban más cerca de él, Gurdjieff hacía todo lo posible por provocar el antagonismo y hacer surgir equívocos. Muy a menudo ocurrió que tan sólo después de mucho tiempo se pudo apreciar la razón de semejante conducta. Para aquellos que entienden que sus enseñanzas contienen algo indispensable para el propio bienestar y sin cual no podrían alcanzar el objetivo de su existencia, las dificultades que él pone en el camino de su realización representan sólo un precio exiguo que se paga fácilmente. A aquellos que consideran estas dificultades como barreras infranqueables, sólo puedo decirles que toda enseñanza grande ha aparecido siempre en sus comienzos, como un obstáculo insalvable y una locura.

Todo esto se aplica a la primera parte de los escritos de Gurdjieff, que serán publicados bajo el título de *Una Crítica Objetiva e Imparcial de la Vida del Hombre, o Cuentos de Belcebú a su Nieto*. Aquellos que estudien estos escritos asiduamente, sin prejuicios ni preconceptos, encontrarán en ellos los medios para adquirir el punto de vista indispensable a fin de lograr una comprensión real de la situación humana. También contienen, aunque en una forma que requiere mucha perseverancia y determinación para ordenarlo, un sistema de

pensamiento que, por la majestad de su concepción y el carácter práctico y concreto de su aplicación, es de un orden completamente distinto de las especulaciones, teorías y dogmas con que la humanidad trata de vivir hoy en día.

380

237

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA  
TREINTA DE JULIO DEL AÑO MIL NO-  
VECIENTOS CINCUENTA Y CUATRO EN  
LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA COM-  
PAÑÍA IMPRESORA ARGENTINA, S. A.,  
CALLE ALSINA 2049 - BUENOS AIRES.